Catecismo para instrucción de los nuevamente convertidos de moros - Refutación del Islam

Martín Pérez de Ayala y San Juan de Ribera

Recopilación y adaptación de grafías arcaicas por Froilán León

Los diálogos XIII al XIX de la obra "Catecismo para instrucción de los nuevamente convertidos de moros" escrita en su primera versión por el obispo de Valencia Martín Pérez de Ayala y posteriormente corregida, mejorada y re-editada por el arzobispo de Valencia, patriarca latino de Antioquía y gran reformador tridentino, San Juan de Rivera en el siglo XVI, nos traen una de las refutaciones más sistemáticas escritas en lengua española, en la cual desmonta, punto por punto, los errores doctrinales.

DIÁLOGO XIII

En el cual se comienza a probar que la secta de Mahoma no puede ser camino para Dios, y se cuenta la viciosa vida de su legislador.

Discípulo morisco: Bien satisfecho estoy por vuestras razones, de que el camino que los filósofos llevaron en la lumbre natural no era bastante para llevarlos a Dios, ni el que llevan ahora los que tienen la ley de Moisés, como habéis dicho. Ya deseo ver la otra parte, es a saber, las razones con que el Prelado destruyó la secta de mis pasados.

Maestro Católico: Este punto, por ser el más principal para la instrucción de estos nuevamente convertidos, ha sido por nuestro Prelado más largamente tratado y probado con más razones. Por eso tendrás paciencia si en él me detuviere, porque en esto está gran parte de tu conversión. Y como no puede el artífice inducir una figura hermosa en un leño sin que primero quite la forma fea y tosca que antes tenía; y como no puede tampoco el campo dar buen fruto sin que primero se limpie de las malas hierbas; así mal se te asentaría la instrucción de la religión cristiana si primero no limpias el entendimiento de las falsas persuasiones y errores de tus pasados.

También has menester paciencia, para que si oyeres en el discurso de la doctrina algo en perjuicio de la perdida secta de tus pasados y del autor de ella, no pienses que lo hacemos por injuriaros y lastimaros (que la sangre del corazón nos sacaríamos si fuese menester para convertiros a la verdadera luz), sino porque no se podrá excusar relatando o redarguyendo algo de lo mucho que esta secta tiene de falso y abominable.

Discípulo morisco: Estad asegurado de eso, que bien conozco que nos ha de ser más amiga la verdad que cuanto hay. Lo que deseo es que, tomados los cabos principales de ella, discurráis por lo que tenéis entendido de ella, conforme a la buena razón no corrompida y conforme al parecer de los hombres doctos y santos.

Maestro Católico: Yo trabajaré en ello con la brevedad que sufriere una materia donde tanto hay que refutar. Tú está atento, y desnúdate de toda afición o pasión, para que no huya de ti la luz verdadera, y encomiéndate a nuestro Señor, que lo has bien menester en esta coyuntura.

Muchas cosas son menester para fundar, o destruir, y en fin para examinar una ley que se introduzca con título de religión. Primeramente, se ha de mirar la persona que introduce la ley. Lo segundo, ponderar el fin y paradero que pone. Lo tercero, las cosas que manda o veda, y lo que contiene en sí. Y lo cuarto, los motivos y modos con que se prueba y se divulga la tal ley. Examinados estos cuatro cabos, quedará averiguada la bondad o malicia de la ley de Mahoma, que es lo que pretendemos.

Dios sea con nosotros y no permita que tus pecados y los míos impidan el fruto que de aquí se espera.

Cuanto a lo primero, para que entiendas cuán poco crédito merece el legislador de la ley de tus pasados, y veas claramente cuán vicioso hombre y brutal fue, quiero te contar en suma su vida, aunque ya habrás oído allá contar algunas cosas de ella, de lo cual me huelgo mucho, porque verás que no le levanto nada, sino que te cuento lo que los mismos moros

tienen escrito de su vida en el *Alcorán* y en la *Suna*, y también en el libro que llaman *Acear*, donde escribe la sucesión de los reyes, a los cuales llama *Califas*; y también añadiré algunas cosas sacadas de historiadores y doctores cristianos que vivieron en aquellos tiempos o poco después.

Mahoma —o como vosotros le llamáis, Muhamed— fue natural de Meca, ciudad en el Arabia Feliz, ciudad bárbara y sin religión, porque en ella entonces los más eran idólatras, que adoraban a un ídolo en figura de carnero, al que llamaban Hallete Haluza; y también besaban una piedra que estaba delante del ídolo, la cual hoy día adoran en Meca y la llaman *Beytilleh*. Otros seguían la circuncisión de Ismael, guardando algunas ceremonias de la ley judaica.

Del año en que nació Mahoma hay diversas opiniones, aunque algunos de los suyos dicen que fue el año de quinientos sesenta y nueve después del nacimiento de Cristo. Su padre se llamó Abdalla, el cual era del linaje de Ismael, y fue idólatra, y murió antes que naciese Mahoma. Su madre se llamó Hemina, y fue ismaelita en religión. Criolo una ama dicha Halima, hasta que se le murió su madre, que fue a los cuatro años de su edad.

Después se crió en casa de su abuelo Abdalla Motalib, hasta que murió su abuelo, siendo él de edad de doce años. Después, estando desamparado, asentó en servicio de un mercader rico, dicho Abdemonaphis, cuya recua de camellos llevaba Mahoma, tratando en Persia, Siria y Egipto; y en este trato estuvo hasta la muerte del mercader su amo, que fue siendo ya Mahoma de edad de veinticinco años.

En todo este tiempo, andando Mahoma camino y tratando con diversos hombres y de diversas religiones, oyó él las muchas novelas y fábulas que después amontonó en su *Alcorán*. Cosas espantosas son de contar, si lees las historias antiguas, las grandes señales que Dios mostró de su ira acerca de estos años en que nació a criar Mahoma: que parece que amenazaba Dios al mundo con el castigo de esta secta bestial.

En la ciudad de Antioquía un ángel visiblemente mató mucha gente de la ciudad; llovió tanto generalmente, y salieron todos los ríos de sus márgenes tan espantosamente, que pensaron venía el segundo diluvio. Fueron vistos animales espantosos en el Nilo y en el Tíber, y entre otros, en el Tíber un dragón con ojos de fuego; por la muerte y hediondez de los cuales animales sucedió una gran pestilencia, en la cual murió el Papa Pelagio, a quien sucedió Gregorio, que cuenta esto.

Y volviendo a la historia: muerto el mercader su amo, casose Mahoma con la viuda su ama, dicha Hadiga; lo cual fue principio de toda su temporal prosperidad. Viéndose rico, encomendó la recua a un esclavo suyo, dicho Zeydin, y él levantó más los pensamientos a enseñorear aquella tierra; para lo cual escogió por medio fingir que era enviado de Dios para dar nueva ley.

Y como él era idiota e ignorante, tuvo primero mucha conversación con dos cristianos espaderos, que se llamaban el uno Hazer y el otro Gebir, los cuales le contaron muchas historias de la Sagrada Escritura, aunque muy corrompidas, como ellos las sabían, y como él las escribió. Y le enseñaron los fundamentos que la religión cristiana tiene contra la idolatría, que fue lo primero que él comenzó a predicar a los de Meca, para autorizar su secta.

Entonces, para dar mayor autoridad a su doctrina, se retiró a una cueva cerca de Meca, donde estuvo muchos días, y vio algunas visiones de demonios, y vino como espiritado a su casa; tanto, que como él mismo confiesa de sí, se quería despeñar, aunque él dio a entender que allá hablaba al ángel Gabriel, y que éste, de parte de Dios, le había mandado que fuese mensajero de esta nueva ley.

Y así comenzó a persuadir esta su opinión a su mujer, y a su criado Zeydin, y a unos pocos deudos suyos, y comenzó a hacer parcialidades y alborotar la ciudad de Meca. Y porque los discípulos le pedían la doctrina escrita, y él no sabía leer ni escribir, que era ignorantísimo, tomó por secretario suyo a un judío dicho Abdalla, hijo de Ceralle, pariente del mismo Mahoma.

Éste falsificó muchas cosas de las que escribía, porque como era judío, favorecía a su misma ley; y como Mahoma no sabía leer, no podía conocer lo que le falsificaba. Y ésta es una de las causas de la contradicción del *Alcorán*.

Y aun los mismos moros confiesan en la *Suna* que, diciendo Mahoma una cosa, escribía el secretario otra. Este judío secretario, viendo que era burla la profecía que fingía Mahoma, se despidió de él y desengañó a los de Meca, diciéndoles que los capítulos que les daba Mahoma escritos no los había recibido del ángel Gabriel, como él mentía, sino que él, su secretario, se los escribía, y que había añadido y quitado muchas cosas sin conocerlo Mahoma.

Después recibió por secretario de sus errores a un monje hereje, dicho Sergio, natural de Alejandría, el cual era arriano, marcionista, maniqueo, eutiquiano y nestoriano, y en fin, inficionado de mil herejías. Y por la condenación del Concilio Efesino y Calcedonense, huyendo de las tierras sujetas al Imperio Romano, llegó a Meca. Este le escribió mil errores de herejías diferentes en los capítulos que escribía, para dar a los discípulos de Mahoma; al cual Sergio después mató Mahoma, porque no le descubriese sus embustes.

Los de Meca porfiaron mucho con él para que les hiciese algún milagro, para probar ser mensajero de Dios; y como no lo hiciese, y le hallasen en mil mentiras y contradicciones, alborotáronse contra él y sus secuaces. Por lo cual le fue forzado con los suyos salir huyendo de Meca, que fue la huida tan nombrada entre los moros, a la cual ellos llaman *Hegira*; y fue a los cuarenta y seis años de la edad de Mahoma. Desde entonces comenzó a juntar compañía de salteadores, y a hacer guerra y violencia a muchos pueblos.

Y ante todas cosas, saliendo de Meca llegó a una ciudad de judíos dicha Almedina, en la cual, en pago del buen hospedaje que le hicieron, mató por traición gran parte de los judíos y se alzó con la ciudad. Desde allí fue y conquistó su misma patria, Meca, matando en ella a sus mismos tíos y parientes, y mandó allí, so pena de la vida, que todos recibiesen su ley. Y así, poco a poco, fue juntando ejército y conquistó muchos pueblos de Arabia; y tenía ya tanto poder que vino con su gente a favorecer al Emperador Heraclio en la guerra que hizo contra Cosroe, rey de los persas.

Y porque el Emperador no les quiso pagar sueldo de la ayuda que le había hecho —por ver que habían ganado muchos despojos—, antes los afrentó y los llamó perros; por este respecto se airaron contra el Imperio Romano y le hicieron de allí en adelante gran daño,

con muchas y continuas guerras. Y fue esta ocasión la que dio principio a que Mahoma se apoderase de Persia y de toda Judea, por el descuido del Emperador Heraclio.

En fin, por concluir ya, cansado Mahoma con muchas guerras, murió a los sesenta y tres años de su edad, con una enfermedad espantosa, haciendo gestos de espiritado y mintiendo hasta el cabo. Porque habiendo él prometido a sus discípulos que había de resucitar al tercero día, sus parientes, cansados de esperar y de sufrir el hedor que salía de su cuerpo, le enterraron con gran vergüenza de todos sus discípulos.

Ésta es la suma de la vida de este falso profeta, la cual, si la comparas con la de otros profetas, entenderás claramente ser cosa de burla pensar que haya podido ser profeta ni mensajero enviado por Dios un hombre tan vicioso como él fue.

Y si quisieres discurrir por sus cualidades, él fue un hombre más salteador que profeta: porque fue tirano, que por violencia se alzó con su tierra; sanguinario, que mató por traición a los judíos que le habían hospedado en Almedina; mató a sus tíos y aun a sus mismos hermanos, por enseñorearse de Meca.

Fue también mentiroso, que a cada paso le cogían sus discípulos en contradicciones; y aun hoy en día los capítulos de su *Alcorán* no pueden concordar unos con otros, como los dio en diversos tiempos, y no entendía ni se acordaba de lo que decía. Fue ignorantísimo, que ni supo historia, ni ciencia humana, ni aun supo leer ni escribir, como él mismo confiesa; y bien se le parece en las muchas fábulas que escribe en su *Alcorán*.

Fue carnal, y más bestia que hombre, en todo género de deshonestidad, sin freno ni medida. Porque, según se escribe en el libro dicho *Acear*, tuvo once mujeres y cuatro concubinas, y sin éstas infinitas esclavas de las más hermosas que tomaba en las batallas.

Y, en fin, si lees toda su vida, verás un ejemplo puro de hombre brutal y todo hecho bestia: que es vergüenza pensar que en cuerpo tan hediondo y carnal habitase espíritu de profecía.

Fue también adúltero; porque no contentándose con tan gran número de mujeres y amigas que tenía, tomó por fuerza a un criado suyo, dicho Zeid, la mujer hermosa que tenía, llamada Zeyneb; y fingió que Dios le daba licencia para ello. Y en el tercer libro del *Alcorán*, en la azora diez y seis, introduce al ángel que le habla diciendo: “A ti solo, profeta, es lícito usar carnalmente de todas las mujeres y de todas las esclavas compradas y sujetas tuyas, y de tus tías, y de todas las mujeres buenas que se quisieren poner debajo de ti, y puedas tomar para ti unas y otras como te pareciere; pero ninguno debe ofender al profeta, ni tomarle su mujer después de él.”

Consintió también Mahoma adulterio a su mujer Haicha, la cual, enojada por ver que su marido trataba amores con una esclava llamada Marina, cometió ella adulterio con otro hombre para vengarse; y sabiéndolo Mahoma, lo disimuló.

Fue también muchas veces perjuro; y cuando le cogían en mentira, decía que Dios había dispensado con él en los juramentos, para que los pudiese quebrantar. Especialmente, habiéndole una vez sus mujeres hallado con una amiga, juróles de no volver a ella más; y después volvió, y dijo que Dios le daba autoridad para ir contra el juramento, como se cuenta en el *Alcorán* en el capítulo *Elmetearen*.

Fue espiritado endemoniado, que le tomaba visiblemente el demonio y se incorporaba en él; y también algunas veces le tomaba gota coral, la cual enfermedad padecía muchas veces, y quería dar a entender que en esas horas le hablaba el ángel Gabriel.

Atribuyóse el don de profecía sin tener toda su doctrina rastro ninguno de espíritu de Dios, y sin haber jamás probado su legacía con ningún milagro ni profecía de cosa por venir. Antes, una vez que quiso profetizar que vencerían los suyos una batalla que dio —que los moros llaman *Humani*—, salió mentiroso, porque fueron vencidos los suyos, y él salió herido en el rostro.

Atribuyóse también el nombre de Mesías, por industria de un judío amigo suyo que se llamaba Cabalcauar, no teniendo él condición ninguna de las que estaban profetizadas del Mesías. Porque él no fue del linaje de David, ni de la descendencia de Isaac, sino de Ismael; ni nació en Judea, sino en Meca, ciudad de Arabia; ni vino manso y humilde, sino violento, robador y guerrero; ni hizo vida espiritual de profeta, sino de rufián deshonesto y de soldado.

Dice de sí que fue libre de pecado original, porque finge que, siendo él niño, le tomaron tres ángeles en figura de hombres y le llevaron a un monte, y que el uno le lavó las entrañas, y el otro le partió el corazón y le sacó de él un grano negro —que es la porción del diablo que nos tienta—, y el otro le tornó a sanar, dando con esto a entender que Dios le había quitado el pecado original con que había nacido. Pero bien se conoce ser fábula, pues vemos que después hizo tantas muertes, injurias y adulterios.

Tiempo me faltaría si particularmente quisiese discurrir por toda la vida de Mahoma, contando sus vicios, los cuales fueron tantos y tan desvergonzados, que si desapasionadamente lo considerasen los que siguen su secta, bastaría el mal ejemplo de su vida para quitar el crédito a su doctrina.

Porque si miras en ello, todos los mensajeros que Dios envió a dar nueva ley fueron hombres buenos y amigos de Dios, como Abraham, Moisés y Jesucristo, cuya vida el mismo Mahoma confiesa haber sido muy santa.

Y si miras en los profetas que envió Dios, todos los verás haber sido mansos y anunciado la legacía de Dios sin violencia de armas, con sola la predicación, y haber sido castos y vírgenes, como Isaías, Jeremías, Daniel, Elías, Eliseo, san Juan Bautista y también Jesucristo.

Porque Dios no suele fiar su mensajería a hombres perdidos y perversos; o ya que Dios encomiende su ley a un hombre pecador, en el mismo punto que le da un favor tan grande como ese, al instante le hace justo, manso y casto.

Pero vemos que Mahoma, después que dijo que Dios le había encomendado su ley, y después fingió haber subido al cielo, fue más vicioso, y más sanguinario y carnal que antes; que aun en esto no tuvo prudencia en encubrir sus faltas, como han hecho otros falsos profetas que, para engañar, mostraban en lo exterior santidad.

Pero Mahoma fue de suyo tan inclinado a deshonestidades y a ambición de mandar y enseñorear, que no pudo encubrir sus faltas, sino que fueron sus vicios públicos; lo cual no

pocas veces escandalizó a sus mismos discípulos, a los cuales él satisfizo con una respuesta harto donosa, diciendo que Dios le había dado a él licencia para hacer las cosas que a los otros hombres eran vedadas.

La cual respuesta, si sus discípulos tuvieran entendimiento, bien conocieran ser blasfemia, porque Dios no da licencia para pecar, siendo tal enemigo del pecado.

Cierto que se conoce haber sido ira y castigo de Dios que les cegase los entendimientos a aquellos bárbaros de Meca, para que no conociesen la poca apariencia que tenía de profeta este perdido Mahoma.

Pero pasemos ya al segundo cabo que propuse, que es el fin que pone esta ley.

DIÁLOGO XIV

En el cual el falso fin y bienaventuranza que pone la ley de Mahoma, se prueba de ella ser falsa.

Sentencia es muy común entre los sabios, y muy conforme a razón, que los medios han de participar de la naturaleza del fin a quien se enderezan, y han de ser proporcionados a él. Y siendo, como habemos visto, Dios el fin y paradero del hombre, claro está —pues Él es espíritu sencillísimo y muy difuso— que por camino espiritual se ha de ir a Él, y con espíritu y limpieza quiere ser servido y adorado.

Pero el falso profeta Mahoma, así como dio ley licenciosa y carnal, así puso el fin de ella todo en deleites, y carne, y sangre; en lo cual se parece cuán lejos va de ser religión ni de encaminar para Dios una ley.

Aun considerándolo en razón natural, es tan bajo fin el deleite, y tan indigno de la majestad y excelencia del hombre, que siempre fueron tenidos entre los filósofos gentiles por infames y bestiales aquellos que pusieron el fin y bienaventuranza del hombre en deleites y pasatiempos corporales, como fue Epicuro y los de su secta; a los cuales siguió en esto el perdido de Mahoma, que para atraer a su crédito el pueblo inclinado a seguir sus apetitos, les prometió una bienaventuranza toda de comer y beber, y mil deshonestidades indignas de decir; para que no se escandalizasen con la mala vida que él vivía y que les enseñaba a ellos, pues era conforme con la que habían de tener en su bienaventuranza.

Y porque no pienses que le levanto nada de mi cabeza, quiero alegarte sus mismas palabras de los lugares del Alcorán, donde pinta su bienaventuranza. En el libro tercero del Alcorán, en la azora o capítulo 19, dice que en el paraíso gozarán de mujeres que tengan los ojos claros y grandes como novillas.

Y en la azora 37 y 60 añade que tendrán allá vírgenes muy hermosas y blancas, con las pupilas negras y los pechos alzados. Y lo mismo repite en el libro segundo, azora 1.

Y respondiendo a las preguntas de los dos judíos Abdías y Bensalom, en el primer libro, azora trece, dice que en el paraíso habrá jardines y huertas muy fructíferas, y fuentes de leche y miel, y vino, y que beberán dellas, y comerán muchas frutas; y comerán también de un hígado de un pez dicho Albehud.

Y en el segundo libro, azora 28, dice que tendrán estrados y camas de oro, y ropas de brocado, y anillos y joyas; y aun dice que tendrán allá consigo algunos animales brutos.

Todas estas palabras son carnales y brutales, que más pintan un paraíso de bestias que de hombres; porque el fin del hombre no puede ser deleite ni cosa corporal, sino Dios solo, como arriba te he tocado.

Y para que a las claras veas la falsedad de esta opinión, quiero traerte algunas razones infinitas que se pueden traer contra un error tan manifiesto.

El fin del hombre ha de ser propio suyo y no común a brutos y otros animales inferiores a él; porque sería hacerle injuria decir que una criatura tan perfecta como el hombre fuese criada para tener un mismo fin con las bestias. Pues si vemos que de los deleites sensuales también participan las bestias como los hombres, señal es que no está en ellos la bienaventuranza del hombre.

Que la bienaventuranza del hombre ha de dar sosiego y contento; pero los deleites vemos que no dan quietud ni sacian el apetito humano, antes le alborotan y le dan descontento y cansancio: luego no está en ellos nuestra bienaventuranza.

De más desto, la bienaventuranza del hombre ha de ser para darle mejoría y hacerle más perfecto; pero vemos, por el contrario, que los deleites destruyen y acaban los cuerpos humanos, y a las almas, de racionales y espirituales, las hacen bestiales.

Porque la experiencia nos enseña, que cuanto uno se da más a seguir sus apetitos sensuales, tanto más ciega y se aleja de la lumbre de razón y de Dios, tan lejos están de ser camino para ir a Dios.

La bienaventuranza, pues, es suma perfección del hombre; ha de perfeccionar todo, y principalmente aquella parte que es mejor y más noble en él, que es el alma y sus potencias, que son entendimiento y voluntad: luego, bienaventuranza de espíritu ha de ser, y no de cuerpo, ni estará en comer y beber u otros placeres deshonestos, de los cuales no puede participar el alma.

Es, luego, menester poner la bienaventuranza en una cosa que sacie y quiete la más principal parte del hombre, que es el alma.

Allende desto, si en el cielo hay de comer y beber, y ayuntamientos de hombres y mujeres, como el bestial Mahoma quiere, luego habrá generaciones, habrá digestiones y egestiones, y sueño y vigilia; habrá humores y superfluidades de ellos, y, por consiguiente, enfermedades.

Y si lo negáis, diciendo que por milagro y virtud de Dios, y por razón del estado de felicidad, se impedirán y suspenderán todos estos efectos, a eso os responderé, que muy más fácil y mejor es quitar la necesidad del comer y beber en los cuerpos gloriosos; porque quitada esta, se quitan todos esos inconvenientes: y no son menester tantos milagros, pues con uno solo se salva todo.

¿para qué han menester comer, pues allá no han de crecer, ni sentir hambre ni pena? ¿Para qué son menester accesos a mujeres, pues no tienen necesidad ni cuidado de conservar la especie humana, y todos serán inmortales?

Y, en fin, si en comer y beber y lo demás está nuestra bienaventuranza, no era menester para eso llevarnos al cielo, pues de eso hay abundancia en la tierra.

Por cierto que es vergüenza traer razones contra una opinión tan brutal e indigna de que se haga caso della.

Discípulo morisco: Pues si en el cielo ha de estar también el cuerpo con el alma, menester será darle al cuerpo su bienaventuranza corporal, y sus gustos de comer y beber; y no sólo para mayor contento habrán menester comer, pero aun me parece les será necesario, porque aunque el alma no come, el cuerpo humano, si no se repara y esfuerza con alimento

corporal, como es compuesto de elementos contrarios y tiene perpetuamente el calor natural que todo lo consume, es necesario que él mismo se consuma y acabe.

Maestro Católico: No has de imaginar el estado que allá tendrán los cuerpos gloriosos como el que tienen acá siendo mortales; porque allá, el estado felicísimo de la gloria no se compadecerá con todas esas necesidades y miserias; antes, no sería gloria si las tuviese.
Sino que serán (según enseña la suma verdad, *Mateo* 22) como ángeles de Dios, que ni comerán ni beberán, ni tendrán ayuntamientos; porque cesando la necesidad para que nos fueron dadas esas cosas por remedios, no habrá para qué usar ya más de los remedios.

Y a lo que decías, que al cuerpo es menester darle sus contentos, respóndote que es verdad; porque por ese respecto nos hará Dios merced que todo el hombre resucite, para que no sólo el alma, sino también el cuerpo sea beatificado.
Pero no tendrá por bienaventuranza esos gustos que aun acá dan hastío y pesadumbre, sino otros más celestiales y divinos.

Y ya que él no es capaz de la gloria del alma —es a saber, de la visión de la esencia divina, en la cual consiste lo sustancial de la gloria—, pero tendrá su bienaventuranza proporcionada a su naturaleza, de la redundancia de la gloria del alma.
Y así verá y conocerá cara a cara muchas cosas de la humanidad de Cristo, y tendrá admirables regalos, que no se pueden explicar: será como espíritu, ligero, sutil, impasible y resplandeciente como el sol; estará todo sujeto al espíritu, y el espíritu sujeto a Dios; y, en fin, tendrá otros mil contentos espirituales, que Dios le tiene guardados, y nosotros no podemos alcanzar con nuestro entendimiento corto.

Discípulo morisco: ¿No puede ser que Mahoma entienda esos gustos espirituales debajo del nombre de comer y beber?

Maestro Católico: Locura es querer dar glosa a una doctrina que tan claramente enseñó Mahoma; porque él lo dice con palabras tan carnales, que no sufre sentidos místicos, ni aun vosotros se los dais en este lugar, sino que lo entendéis como suena al pie de la letra.
Y es cosa muy llana, que si Mahoma hubiera querido dar a entender los gustos espirituales de la bienaventuranza místicamente, debajo del nombre de comer y beber, en algún lugar del Alcorán lo dijera; mas no lo dice.

Bien sé que entre los cristianos ha habido algunos impíamente píos, que han querido darle glosas místicas, y casi juntar y concordar el Evangelio con el Alcorán, siendo doctrinas del todo contrarias. En lo cual, allende de haber mostrado su impiedad, han también claramente descubierto no haber leído bien la doctrina de este perdido Mahoma.

Porque si él hablara místicamente, ¿qué necesidad tenía de hacer tan particular mención de los tapetes y piedras preciosas, y de la calidad de los ojos y pechos de las mujeres?
Y allende desto, en el primer libro del Alcorán, en el capítulo 13, preguntándole aquellos dos judíos de quien hemos hecho mención si habrá en el paraíso mujeres, respondió que no sería bienaventuranza cumplida si faltase el deleite de la carne. ¡Mira qué palabras tan claras!

Y, en fin, juntando esta doctrina con su vida, se conoce cómo la entendió; porque tan disoluta y carnal fue su vida como su doctrina.
Y es regla de los filósofos muy verdadera, que cual es el hombre, tales fines e intenciones tiene.
Luego, de vida tan disoluta y carnal como la de este falso profeta, no hay que esperar que pusiese otro fin ni paradero para el hombre que cuadre bien con la espiritualidad del alma, la cual ni come ni bebe, ni es en sí capaz de carnales deleites.

Sino que cierto este falso profeta consideró la corrupción y carnalidad y libertad de vicios que había en la tierra donde vivía; y como hace Satanás y todos los demás falsos profetas, pescólos y atrájolos a sí por la parte que los vio más contaminados y enfermos, y más mal inclinados; y por cumplir con la sensualidad de aquellos, puso bienaventuranza para el cuerpo, y dejó en el hombre lo más excelente y principal que en él hay, y por donde nos asemejamos a Dios —que es el entendimiento y la voluntad, potencias espirituales y capaces de Dios—, y por las cuales somos hombres, y nos diferenciamos de los brutos.

De manera que no hizo mención de la bienaventuranza propia del hombre en cuanto hombre, sino solamente puso por bienaventuranza lo que es tan propio de las bestias como del hombre.
Y también le movió a fingir esa bienaventuranza de deleites, el querer encubrir con ese velo la bestialidad de su vida y sus desenfrenadas inclinaciones, que veía que escandalizaban a muchos.

De lo dicho se sigue, o que este fue otro Epicuro o Políxeno en la corrupción de su vida, no teniendo cuenta sino con la parte brutal; o que fue de entendimiento torpe e ignorantísimo, pues no entendió que hay en el hombre otra parte mejor, espiritual y más divina, la cual también ha de ser beatificada.
Y así, por esta parte, se conoce también ser su ley defectuosa, falsa e indigna de que gentes de razón la sigan, pues yerra en los primeros pasos que da, y tropieza luego en la puerta y entrada; es a saber, en enseñar tan mal el fin del hombre.

Porque mal puede encaminar a uno para el verdadero fin, el que le envía al fin contrario.
Como si para ir a Sevilla dijeses tú a uno que desde aquí fuese por Barcelona, que es camino del todo contrario: así es querer enviar a los hombres a Dios por el camino de los deleites, que es por donde más se apartan de Él.

De aquí también entenderás claramente la causa por que tanta gente sigue esta pestilencial secta: que no es otra sino la gran libertad y licencia de carne que ella da, y el haber puesto la felicidad en lo que los hombres bestiales cada día tratan y apetecen, que es sensualidad y deleites.
Porque (como dice la misma Verdad) angosta es la vía que lleva a la vida, y pocos son los que caminan por ella; y, por el contrario, ancha es y placentera la que lleva a la perdición, y muchos son los que la siguen.
Y en otro lugar dice: Revelóse la luz a los hombres, y ellos amaron más las tinieblas que la luz.

Y aun los filósofos gentiles dijeron también que era fácil el camino del infierno, y ancho, y que muchos caminaban por él; y por el contrario, el camino de la virtud y del cielo era

trabajoso y áspero, y poco trasegado. De suerte que por esta parte no se puede favorecer esta secta perdida, por ser muchos los que la siguen; antes es argumento claro de su estrago y perdición.
Y por el contrario, se muestra la perfección de la religión cristiana, porque pocos entran ni andan en ella como deben.

Pero en fin, en una cosa conocerás claramente ser error manifiesto esta doctrina del perverso Mahoma, acerca del fin del hombre; y es que no solo ha sido esa opinión reprobada de todas las religiones y de todos los hombres de razón —como fueron los filósofos en lumbre natural—, sino que aun los mismos moros que ha habido entre vosotros doctos, han conocido y confesado públicamente ser ella falsa.

Como es Avicena, a quien vosotros llamáis Abencenna, o Bencenni, el cual en el libro IX de la Metaphysica, en el capítulo 7, dice estas palabras:
«Nuestra ley, que dio Mahomad, muestra y pone la disposición de la felicidad del hombre en las cosas corporales y del sentido; pero hay —dice— otra promisión, que la bienaventuranza se aprehende y percibe por el entendimiento, y los sabios teólogos mayor codicia tienen de alcanzar esta felicidad según el entendimiento, que no según los deleites del cuerpo».

Mira qué juicio hace este de la opinión de su mismo Mahoma, y cómo confiesa que hay otra promisión y ley mejor, que pone la felicidad en la parte racional, y que de esta sentencia son los sabios teólogos.
Luego, según este vuestro autor grave, Mahoma no dijo verdad en esto, ni fue sabio, sino insipientísimo.

También Abenruyz, gran filósofo entre vosotros, en el libro XIII de la Metaphysica, claramente reprende a su ley de los moros, porque pone a los hombres en el cielo que juntamente sean eternos, y sean generables y corruptibles; y en otras muchas partes reprende muchas doctrinas de su misma ley.
Y lo mismo hace Algazel y otros muchos: que es clara señal que, pues sus mismos discípulos se atreven a publicar sus errores, ellos deben ser manifiestamente intolerables.

Y, en fin, pocos ha habido en vuestra secta que, siendo hombres doctos o de entendimiento, no la hayan dejado; o ya que, por vergüenza u otros respectos humanos, no la dejasen, no hayan confesado y publicado los errores de ella, forzados de la misma verdad.

Discípulo morisco: No habéis menester gastar más palabras en esta materia, que yo también tengo ya entendido su error. Bien podéis pasar adelante.

DIÁLOGO XV

En el cual se exponen los errores, y mentiras, y fábulas que Mahoma puso en el Alcorán.

Pues habemos examinado al legislador Mahoma y al fin que pone, resta que examinemos la ley y las cosas que contiene ella en sí. Toda la ley —o por mejor decir, la secta de tus pasados— se contiene principalmente en dos libros.

El uno es el *Alcorán*, que vosotros llamáis *Alforcán*, que quiere decir *mensajería*, en el cual están los capítulos de diferentes materias, que en diversos lugares y por espacio de muchos años dio Mahoma a sus moros, escritos en el metro vulgar de aquel tiempo. Los cuales capítulos, habiéndolos él dejado a la hora de su muerte en poder de Haisha, su mujer, revueltos y desconcertados, los recogió después Hozmen, yerno de Mahoma y tercer sucesor del reino de Arabia y de los sarracenos después de Mahoma, y ordenólos en forma de libro, y dividiolos en cuatro libros o partes principales.

El otro libro en que se contiene la doctrina de esta secta se llama *Suna*, que quiere decir *congregación de capítulos*; el cual libro compusieron más de trescientos alfaquíes, por mandado de Elehege, sucesor treinta y uno después de Mahoma; el cual, viendo las disensiones que había entre los moros acerca de la doctrina de su secta, por la diversidad de los traslados que cada cual tenía de los capítulos dados por Mahoma, mandó juntar todos los traslados que había entre ellos, y escogidos los que le pareció, juntolos en el libro dicho *Suna*, y los demás mandó quemar.

Así se escribe en el libro que vosotros decís *Alimene*, que quiere decir *de las flores*, donde se cuenta la sucesión de los califas o reyes después de Mahoma. En los cuales libros bien ves, así en general, las muchas falsedades que puede haber, y cuán incierto y falso principio tuvo esta secta.

Porque en los capítulos del Alcorán no solo el mismo Mahoma ponía falsas y repugnantes doctrinas, según las oía de los diferentes y errados maestros que tuvo, sino también sus secretarios, que los escribían, podían escribir cualquier fábula que se les antojase. Porque Mahoma no sabía escribir ni leer, como el mismo Alcorán confiesa; antes los mismos moros confiesan en la *Suna*, que el judío Abdalla, hijo de Cerralle, puso en él muchas cosas contra la voluntad de Mahoma.

Y después de muerto Mahoma, pudo también escribir en los capítulos del Alcorán lo que se le antojase a Haisha, su mujer, en cuyo poder quedaron los papeles, y estuvieron muchos años en tiempo de dos sucesores de Mahoma, es a saber, de Ubequar y Homar; o pudo dar licencia a otros que los escribiesen.

Y después, el tercero sucesor, Hozmen, al tiempo que los recogió y ordenó, ¿quién duda sino que dio por leyes las que a él se le antojaría? Pues la *Suna*, ya has visto qué confusión de originales se recopiló. De suerte que bien ves cuánta apariencia de verdad puede tener una doctrina tan mendigada de muchos cabos, y mudada y añadida por tantos autores.

Y para que más en particular veas las mentiras, errores y fábulas que hay en estos libros —señaladamente en el Alcorán— quiero traerte a la memoria algunos de los más

principales; porque contarlos todos fuera nunca acabar, pues casi no hay renglón en el que no pueda ser convencido de mentira.

Dice de Dios que tiene cuerpo y miembros, y que tiene las manos frías como nieve; esto escribe cuando finge su rapto o subida al cielo, y es error que tomó de los herejes dichos *Antropomorfitas*, que ponen en Dios cuerpo; lo cual es contra la infinitud de su ser y su suma perfección. Porque si tuviese cuerpo, sería partible, sería limitado y comprensible, sería capaz de accidentes, alteración y novedad; todo lo cual repugna al ser de Dios.

Dice que Dios es autor de pecados, lo cual es contra su bondad y suma justicia.
Dice que el hombre tiene parte del alma de Dios, lo cual es imposible; porque Dios es infinito e indivisible, y el hombre limitado y finito: y así no puede tener en sí sustancia que sea parte de Dios.
Pero Dios es sumamente sencillo, sin composición; luego no se puede dividir en partes, porque si las tuviese, por el mismo caso tendría composición, y dependería de sus partes; lo cual es contra la infinita suficiencia de Dios.

Dice que Dios no recibe a los penitentes más de una vez; el cual error tomó de los *Novacianos* o *Cátaros*, y es claramente contra la inmensa misericordia de Dios, que en cualquier hora recibe a los que de corazón se convierten a Él.

Dice que Dios no perdona los pecados graves, sino los livianos, lo cual es también contra la misericordia de Dios.
Dice que Dios no perdona a los que se arrepienten a la hora de su muerte, lo cual es contra la promesa que Él hizo por boca del profeta Ezequiel.

Dice que Dios es también causa de la reprobación como de la predestinación; porque dice estas palabras:
“Dios hace andar a este por vía recta, y a este otro por tuerta, como Él quiere.”
Lo cual es quitar la libertad del libre albedrío, y es poner hado y necesidad en las cosas contingentes, como hizo Maniqueo.

Dice que si Dios quisiese, sería toda la gente una; pero Él hace errar a este y creer al otro: lo cual es contra la libertad del albedrío, y contra la justicia y bondad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven.

Dice que Dios mete en error a los incrédulos, y les endurece el corazón, según la entiende Mahoma: lo cual es también contra la bondad de Dios.

Dice que es imposible abstenerse los hombres del uso de las mujeres; la cual es proposición de hombres carnales, y es contra la doctrina de los dos Testamentos, y contra la experiencia y ejemplo de muchos profetas y hombres santos que han sido vírgenes y continentes.

Dice que Dios dispensó con él en el perjurio y adulterio; la cual es intolerable blasfemia, que Dios dé licencia para pecar, y dispense en la ley de naturaleza. Y también fue mentira muy perniciosa querer autorizar sus pecados con título fingido de la licencia de Dios.

Pone necesidad en las cosas, como los Estoicos y Maniqueos, de donde nace la *Kismia* que ellos ponen, que no es otra cosa sino el hado, contra la libertad del albedrío y contra la ley de Dios.

Pone infierno para solo los incrédulos, y paraíso para los que creyeran: lo cual es contra la Escritura, que dice que por cualquier pecado morirá el hombre; luego, no solo por la infidelidad.

Dice que, habiendo Dios formado al primer hombre, mandó a los ángeles que le adorasen, y que Belzebub con sus secuaces no le quiso adorar, porque dijeron que ellos eran de fuego y el hombre de tierra, y así eran más nobles; y que por esa rebeldía fueron condenados. Todo lo cual es manifiesta fábula, porque la Escritura santa otra causa cuenta de la caída de Lucifer.

Dice que una gran compañía de demonios, oyendo el Alcorán, creyeron lo que se contenía en él, y por ello les perdonó Dios los pecados; lo cual es cosa de burla, que los demonios, que están obstinados en el mal y condenados a penas eternas, se puedan salvar. Pero en fin, no es maravilla que los demonios quieran bien al Alcorán, pues con él granjean tantas almas para el infierno.

Dice que los animales brutos también resucitarán el día del juicio; y señaladamente dice la *Suna* que resucitarán los carneros que matan los moros en sus pascuas, y que rogarán a Dios por los moros que los mataron acá; todo lo cual no solo es contra la Escritura, sino aun contra toda filosofía y buena razón.

Porque por las operaciones de los brutos se conoce su alma ser mortal, y que perece juntamente con el cuerpo; y aun es contra la dignidad del hombre, que en la bienaventuranza donde ellos estuvieren, estén también brutos.

Pinta el lugar de la bienaventuranza lleno de cosas sensibles y carnales, es a saber, de huertas, árboles, tapicerías, mesas, manjares y compañía de mujeres; todo lo cual, allende que no conviene a la bienaventuranza de una cosa tan noble como es el hombre, repugna también a la nobleza del lugar del cielo, el cual no puede contener en sí cosas tan brutales y sucias, como más largamente arriba te probé.

Dice que el infierno no durará más de mil años, y que al cabo de ellos saldrán de allí los condenados; lo cual es contra la Escritura sagrada, que dice que el fuego del infierno será eterno; y es contra la justicia de Dios, que perdone a los que murieron obstinados en su odio y desobediencia.

Mezcló también en su secta idolatría; porque viendo que en su tiempo los idólatras de Meca adoraban en el templo de Meca a un ídolo en figura de carnero, dicho *Hallete Aluza*, en memoria (según ellos decían) del carnero que sacrificó Abraham, y que besaban una piedra negra que estaba delante del dicho ídolo, por complacer Mahoma a los de Meca concedió en su secta que, cuando los moros orasen, volviesen la cara hacia el templo de Meca, donde estaba el dicho ídolo, y besasen la dicha piedra en el cantón derecho, como lo hacen hoy los moros, y la llaman *la piedra bienaventurada*.

Y no solo contiene su Alcorán errores e impiedades contra la credulidad que debemos tener acerca de Dios y de las cosas de la otra vida, pero también contiene doctrinas muy nocivas a las buenas costumbres y uso de la virtud, como verás por lo siguiente.

Suelta la rienda a todos los afectos de carne y sensualidad; porque da licencia para que se puedan casar con cuatro mujeres, y tenerlas todas juntas: lo cual, allende que es contra la primera institución de Dios (que, después de criado el hombre, no le dio más de una compañera, aunque había harta necesidad de multiplicar entonces), es también contra la orden conveniente de naturaleza y buena razón; como lo conocieron y practicaron todas las naciones de los gentiles.

Porque la multitud de mujeres, de suyo, es causa de celos y perpetua discordia, y ocasión de disipar por muchos cabos la hacienda del marido, y de que se críen mal los hijos.

Discípulo morisco: Acerca de esto he oído ejemplos antiguos de hombres tenidos por buenos, que tuvieron dos y más mujeres juntamente, y que en ello no ofendieron a Dios; y es posible que, a imitación de ellos, otros lo hayan tenido por lícito después.

Maestro Católico: En la Escritura Sagrada hallarás algunos de la ley de naturaleza, y también del tiempo de la ley escrita. Es a saber: Abraham tuvo dos, Jacob cuatro, y David también tuvo algunas mujeres, y fueron grandes amigos de Dios; y por estos ejemplos mal entendidos, algunos, llevados de su ciega sensualidad, dieron desenfrenada licencia para que los maridos no se contentasen con una.

Mas debían entender que, pues fueron pocos los amigos de Dios que tuvieron dos y más mujeres, habiendo sido tantos más los casados de aquel tiempo y después, que también fueron santos, y no tuvieron, ni se atrevieron a tener más de una, que la licencia que tuvieron aquellos pocos fue dispensación y particular privilegio, y no ley general del estado del matrimonio, que ha de servir para muchos.

Y dice un Sumo Pontífice de la Iglesia, que si aquellos santos patriarcas tuvieron dos y más mujeres, fue por revelación de Dios hecha a ellos, la cual no se hace a otros.

Y para que veas que no imitan a estos santos los que después libremente han tenido muchas mujeres, sabe que Abraham casó con una llamada Sara, la cual, viéndose estéril, exhortó a su marido —no sin inspiración del cielo— a que tuviese hijos en Agar, su esclava, para que no faltase de su linaje quien conociese y sirviese a Dios a ejemplo suyo; porque apenas hallarías entonces otro bueno fuera de algún su pariente.

Y no saliendo acertado el hijo de la esclava, lo suplió Dios milagrosamente a la estéril Sara, para que concibiese a Isaac; y no habrás visto por esto que Abraham no se contentase con una mujer, ni que metiese otra en casa contra voluntad de la primera, ni que por amor de la sensualidad y deleite se ayuntarse con la segunda.

Y sabes tú muy bien que pasa al revés entre los moros, cuyas mujeres no querrían ver a otras en su casa; y que, si las toman los moros, es por pura licencia de carne, sensualidad y deleite.

Lo que te he dicho de Abraham debes entender también del santo Patriarcha Jacob, del cual no sabemos que haya buscado más de una mujer en Mesopotamia, según la Sagrada Escritura; y, como dice un santo Doctor, las otras le fueron dadas y supuestas, y no usara de ellas sino por criar hijos siervos de Dios, de que había más que notable falta en la tierra; y si no se lo rogaran las mismas mujeres. Y todo fue dispensación y orden del cielo, y no deseo de deleite, ni motivo de lujuria.

Quedarás cumplidamente satisfecho de esta verdad con el exemplo de Lamech, el descendiente de Caín, que fue mucho más antiguo que Abraham y Jacob, y uno de los más cercanos a la creación y principio del mundo; el cual tuvo dos mujeres contra la voluntad de Dios, y una contra voluntad de la otra, por ser, como él era, deshonesto y lujurioso. Por donde no fue amigo de Dios, sino pecador triste y miserable. Y este ejemplo bastaría para enseñarnos que casarse con dos o más mujeres es contra institución y voluntad divina, si Dios, por particular dispensación y privilegio, no lo abona y califica.

Y así vemos que Lamech ha sido reprehendido y vituperado, y por el contrario Abraham y Jacob han sido bendecidos y alabados. Por lo que te tengo dicho, debes sentir del rey David con sus mujeres lo mismo que de Abraham y Jacob, dejando a un cabo un adulterio que cometió con una mujer de un su soldado, del cual hizo una admirable penitencia, y ejemplar a todo el mundo.

Mas el rey Salomón su hijo, o llevado de la fuerza del amor deshonesto, no contentándose con algunas mujeres, multiplicó tanto el número dellas, que quebrantó el precepto del *Deuteronomio*, así en esto como en tomar las extranjeras, derramó y estragó su corazón, de manera que no se sabe que le recogiese, ni que tornase a la amistad de Dios por penitencia.

Mas ahora, en tiempo del nuevo y eterno Testamento, nunca ha tenido Dios por bien casarse con más de una. Entonces permitiolo en algunos casos, porque así creciese el linaje de los fieles, que eran poquísimos, y por otras causas que te las contaré en su ocasión, y cuando seas capaz de ellas.

Y yo te digo, que si algunos de aquellos santos Padres que tuvieron dos y más mujeres alcanzaran este tiempo de gracia, en que el Hijo de Dios tan encarecidamente ha encomendado la virtud de la virginidad, que no se casarían ni aun con una, y no dudarían de abstenerse de todas, con más facilidad que otros se contentan con sola una.

Al fin, así como se han mudado los tiempos y los estados de las cosas, así también las oportunidades y conveniencias de ellas. Casáronse antiguamente algunos por lo que te he significado, y de necesidad; y ahora haría mejor el que no se casase ni conociese carnalmente alguna, por amor de la virtud de la castidad.

Discípulo morisco: Quitado me habeis la duda que tenía en esta parte; pasad adelante lo que decías de la doctrina de Mahoma.

Maestro Católico: Permite el divorcio en los matrimonios, es a saber, que el marido pueda desechar su mujer y casarse con otra, y así mismo la mujer al marido: locuras contra la institución de Dios, que quiso que fuesen dos en una carne, y contra la naturaleza y virtud del matrimonio. Porque si se da licencia para mudar mujeres, será soltar la rienda a la

sensualidad para que discurra por infinitas mujeres, y no haya fidelidad en el matrimonio, ni ellas le tengan amor sino de passo; antes es darles ocasión para que sean malas, con fin de ser repudiadas, para después casarse con quien ellas quisieren.

Por ningún tiempo fue lícito al marido repudiar a su mujer, como la misma verdad lo enseña; dado que Moisés lo permitió entonces, y no porque con esto lo abonase, como si fuese pecado, sino porque lo dejó sin castigo y sin pena. Y sufríolos por evitar otro mayor mal; es a saber, matar los Judíos a sus mujeres, a que eran ellos muy inclinados por la dureza de su corazón, no estando contentos ni agradados de ellas, con fin de quedar libres del vínculo del matrimonio. Así también se permiten algunos males en las repúblicas, no porque sean dados por buenos, ni porque sean lícitos, sino porque los jueces no los castigan en esta vida, y se reserva a Dios la justicia de ellos.

Mas dice Mahoma que la mujer repudiada no la pueda cobrar el marido, sino que la conozca primero otro Moro. Concede también las fornicaciones, al menos con las criadas, diciendo estas palabras: «Guarden castidad con todas las mujeres, fuera de sus mujeres propias, y esclavas, y sujetas; porqué de estas no se ha de tener cuenta.» Mira qué dondosa castidad; parece que hace burla este carnal de la virtud de la continencia. Abre la puerta al pecado brutal y contra natura de la sodomía, por que escribe estas palabras: «Oh Moros, vuestras mujeres son vuestra tierra; bien las podéis arar por donde quisiereis.» La cual regla la entienden así, y la platican hoy los Moros y Turcos, como cosa entre ellos tenida por lícita.

Da licencia para vengar las injurias con propia autoridad; porque dice que las vengan con la regla del Talión, es a saber, que la venganza no exceda la medida de la injuria; lo cual es reprobado en todas las leyes, porque es contra la caridad y contra la paz de la república. Persuada a los hombres la guerra y violencia: y así dice que Dios no abre las puertas del paraíso sino a los que fueren esforzados en la batalla; lo cual dijo para que con mayor ánimo le ayudasen los suyos a tiranizar y robar muchas tierras, y hacerse señor, que era lo que él pretendía. Y así en otro lugar manda que maten a todos los que hallaren ser de otra ley; el cual mandamiento bien se ve ser cruel y contra la humanidad y benevolencia que se deben los hombres unos a otros en cuanto hombres. Y en fin alabar la guerra así en general sin más justificación, es cosa bestial, porque más natural es al mundo la paz y concordia; porque la guerra y discordia son efectos del pecado, y traen consigo muchos males y violencias en las repúblicas.

DIÁLOGO XVI

En el cual se muestran muchos lugares del Alcorán donde Mahoma se contradice.

Allende de lo dicho, fue también Mahoma inconstante en su doctrina, que es argumento claro (como los filósofos dicen) de haber falsedad en ella; y no sólo fue inconstante, pero formalmente y torpemente se contradice en muchas partes.

Lo primero, dice de su Alcorán: *Sólo Dios lo entiende*; y en otra parte, que el día del juicio se entenderán sus dudas; y en la azora 12 dice: *Este es el libro del Alcorán claro y evidente, en el cual vendrá un tiempo en que los incrédulos deseen haber creído en él.*

En la azora 5 dice, que sentirán gravísimos tormentos los que no recibieron el Alcorán. Y en la azora 2 dice, que cada uno se puede salvar en su ley, por estas palabras: *Todas las personas que vivieren rectamente, ahora sean judíos, ahora christianos, cualquiera que quisiereis, aunque dejen su ley y vayan a otra, si hacen buenas obras serán salvos indubitablemente.*

Y también en la azora 14 dice, que los que se abrazan con Moisés serán salvos; y en la azora 3 dice, que los judíos son gente dejada de Dios, como reprobados. Y en la misma azora dice, que *el que contradijera al Alcorán, le saldrá fuego por el vientre.*

En la azora 2 dice, que comas de todo manjar dando gracias a Dios; y en otra azora veda el puerco y el vino; y en la azora 4 veda que no coman cosa que sea ahogada, ni muerta de lobo, ni mortecino ahogado.

En la azora 3 dice, que no casen con mujeres de otra ley, ni les den sus hijos e hijas; y en la azora 4 dice, que puedan tomar judías por mujeres, si creyeren en Dios y no tuvieren amigos.

En la azora 5 dice, que no están abiertas las puertas del paraíso sino a los que pelean en la guerra y fueren fuertes en las batallas; y en la azora 2 dice, que *el que adora un Dios y hace buenas obras irá al cielo*, donde dice de esta manera: *Dicen algunos que no se salvan sino el judío y el christiano; si es verdad, pruebenlo con razón.* Luego dice: *Todos aquellos que volviéren la cara a Dios y hicieren bien, merecerán a Dios.*

En la azora 54 dice, que muchos creyentes e incrédulos caminan por recta vía, y que los incrédulos en general serán metidos en el fuego. Pues luego, ¿cómo van por recta vía? Herejía es y contradicción.

En la azora 13 dice, que cualquier fornicador o pecador, si hiciere penitencia, será perdonado de Dios; luego, desde a poco, dice, que *Dios no perdona los pecados criminales sino los menores, y a quien Él le place.*

En la azora 8 dice, que nadie ruegue a Dios por los incrédulos y dañados; y en la azora 42 dice, que Abraham rogó por su padre idólatra, y Dios le perdonó.

En la azora 61 dice, que los ángeles malos sacan las almas de los malos del cuerpo por fuerza, y en los buenos de gracia; y en la azora 32 dice generalmente, que *Dios saca el alma del cuerpo de la muerte.*

Dice en la azora 3, que por su Alcorán se quitan las riñas y contiendas y enemistades; y en mil partes dice, que hagan guerra a los que contradicen el Alcorán, y no tengan amistad con ellos; señaladamente en la azora 3 dice: *Combatid con los hombres de otra ley, hasta tenerlos sujetos y tributarios.*

En la azora 4 dice, que no hagan fuerza a ninguno para traerlo a su ley, porque el camino del bien y del mal es cosa abierta; y en otras veinte mil partes (como hemos visto) dice, que hagan guerra a los que no creen el Alcorán.

También en la azora 24 dice, que le dijo Dios: *Nos no te habemos mandado que hagas fuerza a ninguno para creer, porque no has de hacer otro sino anunciar la ley.*

Prolijo proceso haríamos, si todas las contradicciones y repugnancias que hay en la falsa doctrina del perverso Mahoma quisiésemos contar una a una; pero una no quiero callar, que es muy perniciosa.

En la azora 4 dice, que *nadie puede tener perfección si no tiene el Testamento Viejo, y el Evangelio, y el Alcorán.*

¡Mira qué disparate! —juntar cosas tan diversas, que difieren más que cielo y tierra, y contienen en sí cosas contrarias y repugnantes.

Porque el Alcorán es falso, y blasfemo, y carnal; y la ley de Christo toda espiritual.
Y esto baste para entender cuán clara trae consigo su falsedad esta doctrina perversa, para ser de todos desechada, si no estuviesen ciegos.

Pero proveyó este Mahoma maldito con dos cautelas endiabladas, para cegar más a esta gente; aunque, si bien lo mirasen, antes habían de servir para tener por más sospechosa su doctrina.

La una, que dice, que *Dios sólo entiende esta su ley, y que el día del juicio la examinará y mostrará su verdad.*
La otra, que manda a sus secuaces, que no traten de disputas, ni las admitan: todo esto para que no curen de escudriñar mucho su Alcorán; porque bien vio, que si lo escudriñasen con mediana diligencia y disputa, hallarían infinitas cosas falsas.

Bien vio él también, que había en su libro contradicciones, según él era ignorantísimo en escribirle y ordenarle; y así se apercibió contra esto en las azoras, diciendo, que aunque parece que hay en su Alcorán algunas cosas contrarias, pero los mismos versos las explican; y *la declaración del Alcorán solamente es entendida de Dios, y de sapientísimos creyentes*, los cuales, creyendo todo el libro, hacen fe que todo es dado de Dios.

Mira qué grande necedad:
¿Quién duda sino que el que creyere primero todo el libro, creerá también las partes de él, y dirá que son verdad?
Pero, para creerlo, ha de examinarlo, si no quiere irse como bestia, sin motivo ninguno, a

una doctrina tan corrupta; y ver quién es el que da esa ley, y qué cosas contiene en sí; pues no tiene otra probanza natural, ni sobrenatural que haga fe dello.

Y lo de remitir el examen de su ley a Dios, y al día del juicio, es manifiesta evasión y tacañería pura: porque cada mentiroso habría de ser creído, con decir que el día del juicio lo verían ser así.

Pues lo de los versos que él dice, es pura burla; porque los versos están allí, y no explican más las contradicciones que si no estuviesen.

De lo dicho hasta aquí resulta, que si Mahoma fue blasfemo y falsario, y se contradice en muchas partes, que también la ley del Alcorán tendrá falsedades, y blasfemias, y contradicciones:
porque allí lo escribió él todo, y por esta parte debe ser desechado y abominado.

DIÁLOGO XVII

De cuán mala es la doctrina de Mahoma, por lo que en ella se contiene.

Ya te he mostrado dos cabos principales de esta materia; es a saber, el mal fin que pone esta secta de Mahoma, y cuán ignorante y falsario fue este su promulgador, y los errores y contradicciones que tiene. Resta tratar de las cosas malas que contiene en sí, esta su doctrina del *Alcorán*. Lo cual, aunque en parte está tocado en lo que hasta aquí he tratado de la ignorancia y errores de Mahoma, volveré a la memoria algunas cosas de estas, y añadiré otras.

Lo primero, esta secta suelta la rienda a la carne hasta pasar los límites de la naturaleza, y da toda la licencia posible a los afectos brutales de la sensualidad; así de concupiscencia, como de venganza y derramamiento de sangre. Principalmente abre la puerta al pecado de la sodomía brutal y contra natura; y así lo platican hoy los Moros y Turcos, como cosa entre ellos tenida por lícita, más que los de otra ley. Pues este falso profeta dice en la *azora* 3, es a saber: que usen de sus mujeres, y las labren por donde quisieren, porque son tierra suya.

Concede también las fornicaciones, a lo menos con las criadas, diciendo de esta manera en otro lugar: “Guarden —dice— castidad fuera de las mujeres y sus siervas, porque de éstas no se ha de tener cuenta.” Mira qué donosa castidad: parece que hace burla este endemoniado de la virtud de la continencia.

En la *azora* 18, y en otros muchos lugares, dice que defiendan su ley con las armas, y que hagan guerra contra los incrédulos que no son de su secta. Y en otro lugar dice que no tengan amistad con ellos, sino que los maten donde los hallaren: lo cual es contra la humanidad y benevolencia que los hombres se deben unos a otros en cuanto hombres.

En la *azora* 3 dice que es lícito repudiar a la mujer si no agrada, y tomar otra; lo cual, bien claro ves, cuanta ocasión es para soltar la rienda a la carne, y para que no haya fidelidad ni amor en el matrimonio. En el mismo lugar dice que la repudiada se puede casar con otro; locuales dar ocasión a las mujeres para que sean malas, con fin de ser repudiadas, por casarse con quien ellas quisieren: lo cual es contra la virtud y naturaleza del matrimonio; es contra el derecho de la naturaleza y la institución de Dios, cuando los crió, que fuesen uno con una, en una carne, sin división.

En el mismo lugar dice que puedan tener tres o cuatro mujeres juntas, y tantas cuantas puedan mantener; lo cual es pura disolución de carne, y materia de perpetua discordia y disensión, y de muchos adulterios, y de que los hijos no se críen bien. Canoniza la ley del Talión en las venganzas particulares que se hacen con autoridad propia, locuales contra la paz de la república.

En la *azora* 2 dice que Dios perdona a los que van a la guerra y mueren en ella; para animarlos a derramar sangre sin más justificación, lo cual es incitar a los hombres a derramar sangre.

En fin, en toda su ley no sólo no procura perfeccionar los dos apetitos sensitivos —irascible y concupiscible—, mas antes les da licencia a manos llenas, para que por obra ejerciten el desorden de sus inclinaciones.

Discípulo morisco: Pues parece que Mahoma predicó constancia, y predicó abstinencia, y ayunos, y limosnas, y otras cosas buenas.

Maestro Católico: Pues claro está que no había de ser todo malo: con algo había de engañar el demonio a la gente; que él tiene esa condición, que entra santiguando cuando se transfigura en ángel de luz. Pero su vida impía muestra claramente qué sentía él; y aun esas cosas que tienen alguna apariencia de bien, las predicó con tanta bruteza, que las deshizo todas; y así no predicó dellas sino el nombre.

Predicó ayunos, pero ayunos a durar sólo todo el día artificialmente, para darles licencia que comiesen todo lo que quisiesen, y se hartasen desde que sale el lucero de la noche hasta el día. ¿Qué cosa más bestial se puede pintar que ésta? De manera que todo su ayuno y abstinencia paró en superstición y voracidad y gula.

Constancia, yo te diré cuánta enseñó: dice que Dios perdonará al que, por miedo, en lo exterior fingiere contra lo que tiene en el corazón. Quiere decir, que puede uno ser Moro en lo interior, y por algún temor fingir en lo exterior ser Judío o Cristiano, y al revés; que es enseñar manifiesta falsedad y contradicción.

Pues paciencia y caridad, ya ves cuánta enseñó; pues en muchos lugares da licencia para vengar las injurias, y manda que aborrezca a todos los que no son de su secta.

Y no sólo no enseñó en esta su doctrina a obrar virtud,
pero ni aun contiene cosas que lleven especie de verdad en la historia o naturaleza de las cosas, sino todas son fábulas y ficciones suyas; y no está llena de otras cosas la *Suna* y el libro llamado *Acear*.

Finge que fue arrebatado al cielo; y primeramente dice que fue llevado en cuerpo y alma, como estaba, a ver a Dios, a quien dice que vio claramente; lo cual es manifiesta falsedad y blasfemia. Porque a Dios en esencia nadie le vio, como él mismo lo dice; ni es capaz la naturaleza mortal, por esta vida, de verle, por la gran desproporción que hay de nuestra manera de entender material, y ser Dios como es todo espiritual.

“A Dios no le vio nadie”, dice el mismo Dios por la boca de San Juan, sino es por particular privilegio, el cual no pudo tener Mahoma, siendo tan malo como está dicho.

Dice más, que fue caballero en un animal que ni es mula, ni caballo, ni asno; él le llama *Alboray*, que es nombre fingido, como quimera; y que subió a los cielos —hombre pesado, agravado de humores y pecados, y de mil bestialidades—. Esto es ficción suya; o, estando él con su gota coral, el diablo le representaba aquello a la fantasía.

Pone siete cielos, siendo más de diez con el empíreo. El primero pone de plata; el segundo de oro —cosa harto conforme a la filosofía, y muy a propósito para que pase la luz por cuerpos opacos y macizos—, para que esté lo sumo grave sobre lo leve, contra orden de naturaleza. Y dice que los cielos están compuestos de metal y de piedras preciosas, siendo los cielos lo más alto del mundo, y las piedras de lo más pesado del universo.

Y dice que vio allí no sé qué ángeles muy fabulosos, con cuerpos vastísimos: el uno que llegaba con la cabeza al tercer cielo, que era de piedras preciosas —que son, a su cálculo, quinientos años de andadura—.

De allí subió al tercer cielo, donde vio muchos ángeles, en especial uno que era el ángel de la muerte, y tenía de ojo a ojo setenta mil jornadas, y allí estaba Abraham, y que se encomendó en él.

El cuarto era de esmeralda, y halló allí a Josué Patriarca, y se encomendó en él, donde estaba un ángel que siempre lloraba. En el quinto, que era de diamante, vio a Moisés con muchos ángeles. En el sexto, que era de carbunclo, vio a San Juan Bautista, y se le encomendó.

En el séptimo vio a Jesucristo y muchos ángeles, y entre ellos vio a uno que tenía setenta mil cabezas, y en una cabeza setenta mil lenguas, y en cada lengua setenta mil voces con que alababa a Dios; y vio otro que tenía los ojos abiertos, y que jamás los cerraba.

¿Qué diremos del gallo del cielo, que hace cantar a los de acá? ¡Que es vergüenza la cantidad que le pone!

Dice que Gabriel lo dejó aquí, y él subió al octavo cielo, y púsose apartado de Dios cuanto dos tiros de arco; y Dios le mandó llegar, y le puso la mano sobre la cabeza —la cual dice que tenía frigidísima—, y allí le concedió cuatro cosas:

La primera, que fuese el más nombrado de los profetas.
La segunda, que fuese redentor general.
La tercera, que fuese sin pecado.
La cuarta, que pudiese robar y despojar en la guerra como se le ofreciese.

Cosas, por cierto, dignas para que Dios las concediese, y aun a un tan corrupto como Mahoma era.

Tiempo faltaría si quisiese contar todas sus fábulas y blasfemias; yo tengo vergüenza de tratarlas, y son cosas que sólo con recitarlas basta para abominarlas.

Pues también (si a Dios place) vio el infierno, y dice de él otras tantas fábulas.

Y lo bueno es que también los *Alfaquís* malos e ignorantes han fingido ciertos milagros fabulosos de su Mahoma, los cuales el mismo Mahoma negó en muchos lugares que los hubiese hecho.

Y ya que quisieren porfiar que los hizo, está claro que de hombre tan impío y vicioso como él era, no se podían esperar sino algunos embustes y prestigios de encantador, hechos con alguna apariencia por arte del diablo.

Discípulo morisco: Mucho me he holgado de ver cuán fielmente habéis contado los principales cabos de la doctrina de Mahoma, y con cuán buenas razones habéis probado, aunque de paso, ser errores y fábulas.

DIÁLOGO XVIII

De cuán flaca y falsa es la secta de Mahoma, pues concede a los Moros que, por miedo de los peligros, confiesen en lo exterior otra ley de la que tienen interiormente.

Discípulo morisco: Deseo mejor entender lo que dijistes de la constancia de los moros: que decís que ni Mahoma la enseñó, ni los moros la tienen, porque fingen en lo exterior otra ley de la que creen interiormente, y aprueban por esta ley corrupta no ser mala esta ficción. Yo antes he visto que todos ellos presumen mucho de constantes, y por hacer esto no se tienen en menos; porque parece que el miedo es justa excusa para fingir otra cosa de lo que son, y yo siempre he oído decir que Dios se paga de sólo el corazón.

Maestro Católico: Ello es certísimo que Mahoma lo enseñó así, y sus secuaces lo siguen y hacen a la letra como él lo enseñó; y si allá, en aquellas partes de allende, no se vee esto, es porque no se ofrecen ocasiones de temor para examinarse en ello. Pero acá, donde parece que aventuran algo en confesar que son moros, y les conviene fingir en lo exterior ser christianos (no digo en cosas donde tendrían peligro de muerte si no lo hiciesen, que aun en estas, si su religión fuese verdadera, obligación tenían a posponerlo todo por mostrar abiertamente lo que son, en lo substancial que profesan), por interés de un maravedí, o de una mala palabra, o de que no les saquen una prenda, fingen lo que no son, y niegan la ley que tienen en el corazón; y en sólo lo exterior guardan la ley christiana que han recibido, guardando el corazón para Mahoma y al demonio.

Lo cual es cosa muy reprobada en negocios que tocan a Dios; porque Él quiere todo el hombre, y el servicio entero y perfecto con todas las potencias interiores y exteriores.

Y para que entiendas de raíz de dónde tuvo origen este error, sábete que, en tiempo deste falso profeta, aún reinaba una herejía que había comenzado en tiempo de los mártires, que enseñaba que era lícito, en los tormentos, negar a Dios; que era como decir, que se cumplía con tener en el corazón a Dios y a su ley, y aunque por miedo exteriormente se negase, no era pecado.

Por este engaño tiró Mahoma con su doctrina y sus secuaces; que, como piensan que ser moros es religión y ley de Dios, dicen que, interviniendo miedo, pueden, siendo moros en el corazón, fingir en lo exterior ser christianos y hacer las cosas de cristiano.

Y por esto los que tienen experiencia de la conversación de estos, ven que, aunque sepan una cosa de los cristianos, y cómo la han de hacer, nunca la hacen hasta que se les haga un poco de miedo con imperio; y entonces la hacen, pareciéndoles que de aquella manera no pecan, aunque hagan lo que ellos tienen por malo.

Lo cual es cosa reprobada, así por la buena razón, como por la divina Escritura.

Cuanto a lo primero, van contra la buena y recta razón, y contra la verdad los que hacen esto: porque mienten con mentira perniciosa en el hecho y obra exterior; porque con las obras también mentimos, y a veces más perniciosamente que por la boca; pues las obras, así como las palabras, en sí declaran lo que tenemos en el ánimo, y son señales de ello; y así han de conformar con el ánimo.

De lo cual se entiende ser mentira y engaño mostrar uno con las obras de fuera, y tener otro en el corazón: porque es otro de lo que me muestra, y pretende que el otro se engañe viendo la obra exterior que él hace.

Es menester (como dice la suma verdad) o que haga malos frutos el árbol malo, o que, si es bueno, los haga buenos; y como toda mentira engañosa y perniciosa sea grave pecado, por fuerza será también este género de negar la verdadera ley gravísimo, por ser en materia tan importante como es la fe y religión.

Hacese muy grande injuria a Dios, en tratar con Él de la manera que no trataríamos con un hombre bajo, que tuviésemos por amigo o por señor, y de quien hubiésemos recibido algunos beneficios. Porque claro está que no lo haría uno bien, si teniéndole amistad en el corazón, cuando se ofreciese tratar de su honra y obediencia, y pudiendo volver por él, lo dejase de hacer. Y no valdría nada su excusa, aunque dijese que le amaba en el corazón; pues por otra parte viese que a cada paso le negaba por cualquier temor o respetos humanos.

Que hombre de razón se satisfaría de la amistad de este tal? ¿Pues quieres tú que se satisfaga Dios, y quieres hacer con Él lo que no harías con tu igual? Dirás por ventura, que no se hace esto por cualquier ocasión, sino por temor de perder la vida o la hacienda. Eso es burla, porque por harto menores ocasiones que esas se hace a cada paso.

Pero hágote saber, que aunque corra riesgo la vida, antes ha de morir el hombre que negar la verdadera religión y la fidelidad a Dios. Porque más es sin comparación lo que a Dios se debe, que lo que nosotros podemos dar por Él y por su honra; pues todo es suyo cuanto tenemos. Él nos es Padre, es Señor, es Dios, que dio y da todo lo bueno que tenemos. Él nos dio el alma, la vida y la hazienda; y así no es mucho darla por Él, cuando la ocasión lo pide, mayormente que ganamos en darlo; porque damos cosas temporales, y Él ha de pagarnos con premios eternos, si así lo hacemos.

De esto se quejaba mucho Dios en la divina Escritura por los Prophetas, cuando decía: *Si soy Padre, ¿adónde está la reverencia y respecto que se me debe? Si soy Señor, ¿adónde está el temor de mí? Si soy Dios, ¿adónde está el amor que se me debe?*

Y en otro Profeta, reprehendiendo esta doblez de ánimo, dice: *Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí.* Y aquel grande Profeta Elías no reprehende otra cosa más en el pueblo de Israel que esta malicia; es a saber, este andar cumpliendo con Dios en una manera, y con el demonio en otra.

¿Hasta cuándo —dice— *habéis de cojear y no andar parejos, queriendo cumplir con una religión y con otra a medias?* Como si dijera: Sabed que no sólo no hacéis nada, pero pecáis gravísimamente.

Porque, como Dios es perfecto, así son perfectas sus obras; y como salva y ha de beatificar todo el hombre, quiere —y es mucha razón— que todo el hombre le sirva con el corazón, la lengua y las manos, quando fuere menester, y la razón y su honra lo demandare.

¿Y adónde está el creer en Dios, el amar a Dios sobre todas las cosas, como somos obligados, si por temor de perder la vida, o la hacienda, o la honra lo habemos de negar?

Porque claro mostramos, que amamos más aquello que no queremos perder, que no a Dios, pues por salvar aquellas cosas lo echamos a Él atrás, y le volvemos las espaldas; en locualle hacemos gran deslealtad e injuria.

De lo dicho se sigue, que pues la pérdida secta de Mahoma da licencia para negar por la boca la religión, y para fingir otra cosa de lo que el corazón siente, es ley injusta, fingida y llena de engaño, y contra toda la doctrina divina, y contra la práctica de todos los siervos y amigos de Dios, que no se contentaron con sentir bien de Dios, sino que con grandes peligros suyos confesaron su fe por la boca y las obras.

Y así pusieron sus cervices a las espadas, y sus cuerpos a los tormentos, cuantos les pudieron dar los tiranos, sólo por perseverar en la confesión de la fe de Dios; como lo han hecho innumerables cristianos en la ley evangélica, y también en el testamento viejo muchos que se dejaron matar por la confesión de la verdad, y por no hacer con las obras otra cosa de lo que sentían; como leemos de los Macabeos, madre e hijos.

Y en la religión christiana no hay cosa más encomendada ni más usada desde los tiempos de los Apóstoles y Mártires, que esto de la consonancia de las obras exteriores y del corazón; conforme a aquello que Jesús el Cristo enseña:

El que me confesare delante de los hombres, confesarlo he yo delante de mi Padre; y el que se avergonzare y afrenta de confesar mi nombre delante los hombres, yo le avergonzaré delante de mi Padre y de sus ángeles en el cielo.

Y el Apóstol San Pablo dice: *Con el corazón se cree para alcanzar la justificación, y la confesión de la boca se hace para la salud del alma,* como cosa necesaria.

De donde se arguye bien la perfección de la ley cristiana, que manda que concuerde lo exterior con lo interior, y no sufre ninguna ficción.

Y esto basta para que entiendas el estado santo que has de tomar, y la santa vocación en que has de vivir: y no seas como muchos mezquinos de estos nuevamente convertidos, que andan cojeando de ambos pies; a los quales harto más les valdría no venir al conocimiento de la verdad, que después de venidos ser traidores y mentirosos, que van contra lo que prometieron, y ni son moros, ni cristianos, sino como árabes sin religión.

DIÁLOGO XIX

En el cual, del modo como se predicó la secta de Mahoma, se arguye la falsedad de ella.

Cualquier doctrina o ley que se da a los hombres para que sea creída, es menester que se pruebe en alguna manera: si es ley o doctrina humana, por razón natural y humana; y si es divina y sobrenatural, por motivos divinos.
La doctrina y ley del Alcorán no se prueba con una manera ni con otra: luego justamente se puede y debe menospreciar de los hombres que usan de libre albedrío, y se gobiernan por razón, y como hombres; aunque otra cosa no tuviera más que esta.

Cuanto a lo primero: ni ella es revelada de Dios, ni hay testimonio auténtico de Dios de esta tal revelación, que sea alguna obra maravillosa de Dios, con que Dios testifique y dé a entender a las gentes que aquella es su santa voluntad y que es cosa enviada por Él.

Discípulo morisco: ¿No basta que lo diga Dios?

Maestro Católico: Sí bastaría si lo dijese; pero es menester que nos conste que lo dice Dios; y no basta una simple relación, señaladamente de un hombre semejante a Mahoma, para creer que Dios lo dice.

Bien sé que hartas veces dice Mahoma que lo envió Dios, y que Dios dijo que aquel libro era su doctrina, y amenaza de parte de Dios a los que no se abrazan con él; pero no hay más que decir el mismo Mahoma que Dios se lo dijo. ¿No ha de haber algún testimonio o razón por donde un hombre de razón se persuada que aquel tal hombre es enviado de Dios?

Y aunque Mahoma fuera un hombre al parecer santo y virtuoso, no bastará sola su autoridad para dar ley nueva y modo de vivir nuevo en el nombre de Dios, especialmente en derogación de la ley dada por el mismo Dios; ni aun viniendo en apariencia de obras maravillosas. Cuánto más, siendo Mahoma tan malo y corrupto como hemos mostrado, y viniendo sin maravilla de obras, no sé por qué ha de ser creído.

Manda Dios por Moisés en el *Deuteronomio* que, si algún profeta, o aún algún hombre aunque sea padre, o hijo, o hermano, o mujer, nos quisiere persuadir cosa que se aparte de la verdadera religión, no sea creído; aunque anuncie como profeta alguna cosa por venir y suceda como él la anunció.
Si esta regla hubieran guardado los primeros que oyeron a Mahoma, no hubiera el infierno ensanchado tanto su boca para recibir tanta gente como se ha perdido por causa de este engaño.

Y un Apóstol amigo de Dios encarece mucho más esto; es a saber, que aunque un ángel del cielo venga a predicarnos contra lo que Dios ha revelado y testificado, sea *anatema*, y como cosa descomulgada para nosotros. Porque de otra manera, ninguna religión verdadera podría estar fija; antes estaría en mano de cualquier falso profeta pervertirnos y apartarnos ligeramente de la verdad; lo cual es cosa contra toda razón, especialmente cuando aquella novedad que se introduce hace perjuicio y deroga alguna ley muy puesta en razón, dada por el mismo Dios y confirmada con muchos milagros.

Que claro está que no ha de ser creído el que la quisiere derogar, si no da alguna señal propia de Dios, que sea como sello muy conocido de su omnipotente voluntad; es a saber, milagros y obras a solo Él posibles.
Ni aun quiere Dios, ni quiso, que crean a sus ministros de otra manera; y aunque hagan cosas al parecer de los hombres rudos milagrosas, no quiere que sean creídos sin testimonio cierto suyo, especialmente contra lo que Él tiene y ha revelado y dado a los hombres por ley.

Leemos en el *Éxodo*, cuando Dios envió por ministro de su ley a Moisés para que la propusiese a su pueblo, que estaba en la miserable cautividad de Egipto, cómo le proveyó de esta autoridad, y concurrió con él y con su mensajería con muy especial favor de estupendos milagros y obras a solo Dios posibles. Las cuales los magos de Faraón conocieron cuando, en competencia de Moisés, hacían no sé qué embustes que tenían apariencia de milagros; y así dijeron en la cuarta señal que Moisés hizo: “El dedo de Dios anda aquí”; y por naturaleza no se puede hacer lo que este hace.

De manera que en Moisés vemos que no se contentó con decir “Dios me envía a esto”, sino que hizo grandes milagros en aprobación de esta verdad, porque él claramente conoció que eran necesarios.
Y así, cuando Dios le enviaba por mensajero para que dijese a Faraón de su parte que diese libertad a su pueblo, replicó Moisés a Dios diciendo: “¿Cómo iré con tan ardua embajada, que ni me oirán ni querrán creer que tú me has aparecido y me has hablado? ¿Qué señal llevaré?”

Respóndele Dios: “Yo estaré contigo; y para que veas que te acompañaré con milagros, dime: ¿qué tienes en la mano?”
Respondió Moisés: “Vara”.
“Échala, pues, en tierra”, le dice Dios, y volvióse luego en culebra, de tal manera que huyó Moisés de ella.
Luego le dice: “Extiende tu mano y tómala”; y tomándola, volvióse vara como antes lo era.

También le dijo que metiese la mano en el seno, y metiéndola, la sacó leprosa; y después mandósela volver a meter, y la sacó limpia, como si mal no hubiera tenido.
Luego dice: “Porque crean que te apareció el Señor y te habló el Dios de tus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Si no te creyeren en la primera señal y milagro, crean por la segunda señal; y si no te creyeren a la segunda, harás la tercera: y es, que tomarás agua del río, y toda el agua se convertirá en sangre.”

Nota bien la causa: que para que fuese creído que era Moisés mensajero de Dios, le dio virtud de milagros; y la razón está clara y manifiesta.

Porque si bastase el decir solamente cada uno: Dios me envía, Dios me hizo su mensajero —cualquier arrepticio, espiritado o perverso hombre podría decir esto de sí— y podría mudar la religión y ley que Dios tiene dada, si no fuese menester más testimonio ni más probanza; lo cual es falso y contra la costumbre de Dios, como hemos mostrado.

Así vemos también que Jesucristo, verdadero legislador y saber del Padre, cuando vino a anunciar la ley evangélica —ley celestial y de perfección— y a anunciar el jubileo y remisión

de pecados y nuestra reconciliación con el Padre, como estaba prometido en Moisés y los profetas (como el mismo Mahoma lo confiesa), y en fin a hacer cesar la ley de Moisés, vino con poderío de nuevos y espantosos milagros, para que entendiesen que aquella era voluntad de Dios, pues Dios concurría con tantos milagros en aprobación de lo que Él decía.

Y así en el Evangelio, en el principio o fin de los milagros que Cristo hacía, se dice, como por fin del milagro, que creyeron en Él los que le vieron. Y en aquel insigne milagro que hizo cuando resucitó a Lázaro, muerto ya de cuatro días, el mismo Cristo ora al Padre en cuanto hombre, por darnos ejemplo, y le dice: “Resucítale, para que crean que Tú me enviaste”.

Y la conclusión del santo Evangelio de San Juan, después de haber acabado de contar la vida y obras admirables de Cristo nuestro Señor —como testigo de vista que fue de ello el evangelista San Juan— dice: “Otros muchos milagros hizo Cristo en la tierra, que ni están escritos en este libro de los Evangelios ni podrían caber en todos los libros del mundo; y estos, dice, han sido escritos para que creáis que Jesús es Hijo natural de Dios, que hizo obras tan maravillosas, a solo Él posibles.”

De Cristo da muy buen testimonio Mahoma: en el capítulo Meyde introduce a Dios diciendo: “Definimos el camino de los hombres por Jesucristo, hijo de María, ser veracísimo y ser profeta, al cual dimos el Evangelio, que es la guía, la luz y la verdad manifiesta.”

Los Apóstoles —a quienes Mahoma llama los emblanquecidos— asimismo, cuando fueron a predicar a las gentes, este poderío de milagros llevaron, según Cristo primero se los había prometido en el Evangelio. La cual promesa muy bastantemente se la cumplió con raras y estupendas obras, con las cuales convirtieron mucha gente en todo el universo, según consta por la misma Escritura y por historias indubitadamente auténticas; y, en fin, todas las provincias del mundo dan de ello testimonio.

Pues si Mahoma venía de parte de Dios a dar ley nueva al mundo (dado caso, o según él fingiera), ley dada ya a los patriarcas, al menos no estaba publicada ni recibida hasta su tiempo; y siendo contraria a la de los judíos y a la de Cristo, que era perfectísima, claro está que tenía grandísima necesidad de milagros para que fuese creído, o al menos había de traer razones naturales muy fuertes que convenciesen el entendimiento; de lo cual nada vemos en él.

Porque ni hizo milagro ninguno, ni trajo doctrina conforme a razón, sino indigna de hombre de juicio. Bien entendió Mahoma que tropezarían en esto, de no verle hacer milagros, muchos hombres de juicio; y apercibióse contra esta pregunta, diciendo que era verdad que él no hacía milagros, porque Dios no le enviaba sino a promulgar su ley, y que no le quiso dar Dios el poder de hacer milagros.

Así, en la azora 5 introduce que Dios le habla diciendo: “Tú no vendrás a ellos con milagros de Dios, porque ellos los refutan como cosas odiosas y les parecen encantamientos.” Y luego dice más: “Cuando te pidieren que hagas milagros, di que Dios solo los hace; yo —dice— no mando a mis mensajeros que los hagan, sino que anuncien la alegría a los hombres y les vedan lo que no es lícito.”

Con las cuales palabras, en fin, él confesó una verdad: es a saber, que él no hizo ningún milagro ni los podía hacer; aunque da para ello la excusa falsa diciendo que Dios no suele mandar a sus ministros que los hagan ni persuadan por ellos; porque lo contrario consta por las Escrituras, como parece en la ley de Moisés, y en la de Cristo, de quien él concede en muchos lugares que fue enviado por Dios y que tuvo poder para hacer milagros, y los hizo; y así se contradice torpemente el falso.

En la ley de Cristo, por ser de muy mayor autoridad, no solo Cristo, sino los apóstoles enviados por Cristo hicieron estupendos milagros, o por mejor decir, Dios los hacía por mano de los apóstoles en aprobación de su doctrina y predicación.

Y lo que dice, que los milagros no son necesarios, es verdad para los creyentes, porque estos no tienen necesidad de ellos; pero son útiles y necesarios para los que no creen, y con ellos se suelen convertir cuando llanamente abren el corazón a la inspiración de Dios, sin malicia ni pertinacia.

Y a lo que dice, que no es del mensajero sino anunciar alegría, eso le cuadra por cierto poco a Mahoma, porque no vino sino a anunciar blasfemias, mentiras, discordias y derramamientos de sangre; y si alguna alegría anunció, fue alegría bestial y carnal, que para en tristeza y llanto.

Y en la azora 6 introduce a Dios que le dice: “Algunos te dirán: ¿por qué no haces milagros? Yo no te envié para esto, sino para anunciar mis preceptos.”

Y en la *azora* 12 dice Mahoma, excusándose porque no los hace, que al mensajero no le conviene más que declarar los preceptos y la legacia que trae. Estas evasiones y falacias imaginó este falso profeta para excusarse de cómo no hacía milagros; de lo cual se sigue claro por su misma confesión que nunca los hizo: y así se conoce claro, fuera de algunos fabulosos milagros que los alfaquíes y califas han inventado para autorizar a Mahoma; porque, además de la confesión del mismo Mahoma, las fábulas y patrañas que ellos mezclan en sus milagros dan claramente a entender ser ellos fingidos.

Y también la vida viciosa de Mahoma es claro indicio que no hizo milagro ninguno; porque Dios es suma verdad y bondad, y no testificaría con milagros en favor de un hombre adúltero y robador, y en favor de una ley blasfema y carnal. Pues razón natural ni motivo con que los hombres con apariencias le pudiesen creer no solamente no la trajo, sino aun mandó que con razones ni disputa no tratasen de su ley, sino con la espada en la mano; como parece en muchos lugares de su Alcorán, lo cual claramente arguye la falsedad de esta secta y (como el mismo autor de ella conoció) su flaqueza; pues no quiso que viniese a juicio y examen de hombres de razón.

Así en la *azora* 18 manda que con la espada defiendan su ley. Y en la *azora* 4 dice: si alguno te quisiere meter en disputa, dirás que lo dejen para el día del juicio, donde Dios lo declarará bien. Por cierto que es docta respuesta: para hombres de razón, quien quiera podría defender sus disparates con esa respuesta. En fin, pues esta doctrina huye el examen y conferencia de la razón, cierta señal es de ser mala; porque lo malo tiene esa condición, que quiere andar encubierto y no venir en público a la luz, por no ser conocido y redargüido.

Y tanta más necesidad tenía Mahoma de probar su doctrina con milagros o razones, cuanto más nueva era y difícil de entender y creer. Porque no afirma de sí ni de su ley sino cosas difíciles de creer; a saber, que él era mensajero de Dios, que era Mesías reparador y medianero, y que su ley es la que se dio a Abraham; y que Dios quiere que esta su ley se tenga, porque la de Cristo era rigurosa, y otras cosas de este tipo. Las cuales cosas, así por ser falsas y blasfemas como por ser contra la honra de Dios y de su Hijo sagrado, y por no probarse con milagros ni razones con la misma facilidad con que él las dice, las debe abominar y menospreciar cualquier hombre de razón.

Discípulo morisco: Pues ¿qué medios tuvo para persuadir tanta gente?

Maestro Católico: Dos: violencia y licencia. Porque como hemos visto, ni tuvo Mahoma motivos sobrenaturales de milagros para persuadir esta su secta, ni motivos naturales de razones; y como todo le faltaba, acogióse a un remedio bestial y bárbaro, que es la fuerza de armas; y así lo introdujo y promulgó con robos, muertes y derramamientos de sangre, destruyendo a los que no la querían recibir; y con este mismo medio la conservan agora sus ministros, hasta que Dios aplaque su ira y destruya esta pestilencia del mundo.

De lo cual se conoce bien que tal debía ser la ley, pues se promulgó con un medio tan cruel y tan contrario a la costumbre de Dios y a la buena razón, que la ley y religión que se ha de asentar en la voluntad y corazón no la promulgue y persuada con sangre y fuerza de armas y temores. La experiencia muestra que por miedo nadie cree una cosa.

El otro medio fue halago y licencia de carne, de lo que ya se ha hablado.

Discípulo morisco: Pues ¿Moisés no peleó contra los que eran de otra ley, y los cristianos no pelearon por su ley?

Maestro Católico: Sí pelean los cristianos, pero solamente contra los que les perturban; porque tienen derecho para defenderse de las molestias que les hacen, y librarse de las vejaciones, y recobrar lo que les tiene usurpado; y también hacen fuerza a los que han tomado una vez la religión cristiana y después la dejan; porque es muy justo que les hagan guardar la promesa que a Dios hicieron. Moisés peleó contra los que le impedían la libertad de su pueblo.

Pero la Iglesia, cuando de nuevo persuadé la religión cristiana a alguna gente, nunca usa de fuerza corporal, sino de persuasión que habla al corazón; y Dios ha concurrido en su predicación con milagros, cuando ha visto que eran menester; como lo hemos también experimentado en nuestros días en la conversión de los idólatras de las Indias y tierras nuevas que se han ganado.

Pero Mahoma y sus perversos ministros que hasta hoy duran, nunca han acostumbrado divulgar su secta con otro medio sino con los dos medios: uno de armas y violencia, y otro de licencia de carne. En señal de lo cual, como bien te acuerdas, cuando allá los de esta secta quieren hacer a alguno moro y le quieren hacer renegar otra ley y profesar el Alcorán,

lo suelen hacer con esta ceremonia: el maestro diputado que le enseña tiene una espada desnuda en la mano.

En fin, no saben otra defensa de razones sino la fuerza y violencia. En conclusión, yo no hallo otro motivo para que tanta gente siga esta maldita secta sino porque abre la puerta a todos los vicios y señaladamente da libre licencia para cualquier disolución.

También suelen tener los más de ellos otro motivo donoso para perseverar en esta secta; y es que dicen que, pues sus padres fueron moros, ellos también lo han de ser. La cual es una respuesta de las más bestiales que ser pueda, y contra toda razón divina y humana, determinarse en cosas tan arduas como son la salvación o perdición eterna del alma, por solo el ejemplo de sus antepasados.

Yo te digo de verdad, que siendo la religión cristiana la verdadera, como después te mostraré; sin embargo, si un cristiano creyese solamente porque sus padres y sus pasados creyeron, por ese mismo caso no sería cristiano. Porque quien de esta manera cree, no cree en Dios, sino en sus padres, a quienes está atado.

Y pues a los hombres que usan de razón esto no satisface, ¿cómo se piensan estos excusar el día del juicio, cuando Dios les haga cargo de no haber creído en el Evangelio? ¿Será por ventura buena disculpa decir: “Mis padres y abuelos creyeron lo que yo creo”? Fácilmente se les podrá responder: ¿Tú no tenías libre albedrío y usabas de razón? ¿No podías examinar lo que se te predicaba y se te ofrecía, pues había de ser para provecho o daño tuyo propio? Tu padre no pagará por ti, sino cada uno de vosotros por sí mismo.

Si tu padre se echara por una ventana, ¿habíasle de seguir en eso? Si hiciera desatinos y por ello perdiera la vida, la honra o la hacienda, ¿habíasle tú de imitar? Veamos: si para ir a un lugar hallases diversidad de caminos, aunque supieses que tu padre fue por uno de ellos, ¿no errarías por cierto si fueses por él diciéndote todos que aquel camino es errado, y no sabiendo tú si llegó allá tu padre o no? Hacer lo contrario sería querer dar de cabeza y pura pasión; pero la verdad no se halla por pasión, sino con razones o con divina revelación.

Además de esto, si ese motivo —de así creyeron mis padres— fuese bueno para hacer elección de religión y ley, por el mismo caso los que oyeron la ley de Mahoma no hicieron bien en recibirla, porque recibieron ley nueva y se apartaron de la ley de sus padres y antepasados. Y así, el mismo Mahoma no hay cosa que más reprenda en su Alcorán que esta regla de escoger religión por el parecer de sus pasados.

Y pluguiere a Dios que los obstinados que siguen esta perversa secta de Mahoma, ya que no quieren creer en la verdad de la religión cristiana, al menos se pusiesen indiferentes para examinar bien los motivos de su burlada secta, sin pasión ninguna de querer seguir a sus pasados y sin odio a la gente cristiana; que yo fiador soy que les inspiraría Dios en sus corazones lo que cumple a su salvación. Pero están endurecidos y cierran las puertas a la luz que los quiere alumbrar, y así también la luz huye de ellos.

Más lo que yo más creo es que no tienen cuenta con su salvación, sino que viven como bestias, porque ni quieren preguntar ni informarse de lo que contiene su alma; más aún, están obstinados y aborrecen a los que los enseñan, y se oponen al Espíritu Santo. Y quien

en cosas tan arduas, de las cuales tanto le va, se trata de esta manera, ¿qué puede esperar de Dios sino durísimo juicio, pues a sabiendas menosprecia la luz y se abraza con las tinieblas?

No quiero callar una cosa que osa decir aquel falso profeta, entre otras mentiras que dice él. Y es cosa donosa lo que dice Mahoma y sus secuaces: que él vino por reformador y templador de la ley de Cristo, porque era rigurosa. Y no ve el maldito que esto es blasfemar de la perfección y costumbre de Dios, que siempre comienza en lo más imperfecto y acaba en lo más perfecto; como parece en la ley de Moisés, que siguió a la de la naturaleza, y en la ley de Cristo, que vino tras la de Moisés.

Y si de la ley de Cristo, que era perfectísima y espiritual, hubiera el mundo de dar en otra más ancha y licenciosa, fuera decir que Dios volvía atrás y se arrepentía de la perfección primera. Cuánto más que el yugo de Cristo es suave y ligero, y la ley fácil de cumplir con la gracia de Dios, la cual Cristo abundantemente da a los que se la piden de corazón.

Porque Cristo, en cuanto hombre, nos la mereció, como por experiencia se ha visto en la muchedumbre de los siervos de Dios que ha habido en la Iglesia; y por el contrario, en su bestial secta, con toda la licencia y anchura que les da, por maravilla se halla un buen moro. Y está claro que, pues Dios mandó la ley evangélica, Él dará fuerzas para cumplirla, porque Dios no suele mandar cosas imposibles.

Asimismo, si Dios hubiera de enviar este reformador de leyes, ya lo hubiera avisado por algún profeta suyo, como vemos que hizo de Jesucristo nuestro Señor; al cual, como determinase enviarlo el Padre eterno para dar cumplimiento a la ley de Moisés, lo prometió primero por boca de muchos profetas, los cuales, casi más históricamente que proféticamente, contaron todos los pasos de su vida antes que Él viniese al mundo: lo cual no vemos de este maldito Mahoma, que no hay memoria de él en la Sagrada Escritura.

Pero, en fin, él quiso en este engaño y falso título que se atribuyó imitar a muchos herejes, como Simón, Valentino, Marciano, Marco y Montano, que se atribuyeron estos renombres, siendo hombres carnales, fanáticos y espiritados.

Discípulo morisco: Pues los moros dicen que en la Sagrada Escritura se hace particular mención de Mahoma.

Maestro Católico: Ya sé cuán ciegamente pretenden que por él se dijo aquello del *Deuteronomio*: *"Un profeta les daré de en medio de sus hermanos"*, donde Dios habla con Moisés del profeta que había de dar a los de su pueblo. Mas cualquier hombre que sepa algo de la Sagrada Escritura verá cuán falsamente se atribuye esto a Mahoma, porque ni fue semejante a Moisés en virtud alguna, ni fue del pueblo de los judíos, sino de Meca, ciudad de Arabia, entre la idolatría.

Y si algún lugar de la Escritura le cuadra, es aquel del *Apocalipsis* de San Juan, que es la profecía del estado del Testamento Nuevo, donde se pintan al vivo las persecuciones y perseguidores que ha de tener la Iglesia de Cristo y su religión. En el capítulo 6 se dice que, como fuese abierto el segundo sello del libro de las cosas por venir, salió un caballo

bermejo, y sobre él una persona a quien le fue dado y permitido que quitase la paz de la tierra de entre los hombres.

Por quien se puede entender este falso profeta, que no vino a enseñar otra cosa, ni él ni los suyos practicaron otra cosa sino guerras y efusión de sangre; lo cual la experiencia lo ha bien mostrado, que después que su falsa y sangrienta secta comenzó en el mundo, todo se revolvió, y no quedó reino con reino, ni hombre con hombre.

También puede ser figurado por aquel dragón que en el mismo *Apocalipsis* se dice que con su cola derribó y trajo tras sí la tercera parte de las estrellas (Apocalipsis 12), es a saber, la tercera parte del mundo; aunque esto más propiamente se entiende del Anticristo, de quien él fue precursor, o del propio Satanás, padre de los hijos de soberbia.

Pero ya baste lo dicho para conclusión de este artículo, que tanto importa a tu salvación; es a saber, para la destrucción de esta secta perversa de Mahoma. Porque si hemos probado que el fin que ella pone es todo bestial e indigno de la autoridad del hombre; y si el autor de ella fue un hombre adúltero, perjuro, ladrón, homicida, blasfemo e ignorantísimo en letras humanas y divinas; y si las cosas que en sí contiene esta su ley son todas fábulas en filosofía y errores en teología, aun para los que no tienen más que lumbre de razón; y en lo que enseña de costumbres es una escuela de vicios bestiales; y si no probó esta su nueva secta con ningún motivo, ni sobrenatural de milagros, ni natural de razones, sino que solo la introdujo con fuerza de armas, violencia, ficciones, mentiras y licencia de la carne, ¿qué resta de aquí sino que es secta impía, blasfema, viciosa, invención del diablo y camino derecho para el infierno, y así que no merece nombre de religión?

Discípulo morisco: Holgado me he mucho de ver cuán bien has contado las particularidades de esta secta que yo hasta aquí he seguido, y cómo has disputado bien contra ella. Cierto, yo te confieso que las razones que has traído me hacen fuerza; lo demás que del Alcorán has alegado, no lo he visto.

Maestro Católico: Si no paras más de en eso, para mí ya te tengo por cristiano; que eso yo te lo mostraré claro en el mismo original del Alcorán, y no hallarás ninguna diferencia de lo que te he dicho, sino por ventura en algunas palabras, pero no en la sustancia del sentido.

Y ten entendido que no es el Alcorán escritura tan honda ni tan dificultosa que tenga necesidad de glosas ni diversidad de sentidos, porque bien se ve lo que trata y enseña; y como él no lleva ni proceso filosófico, ni profético, ni poético de aquella poesía antigua, por consiguiente no puede tener dificultad ni hondura. Solamente la tiene en que está escrito en verso, pero es verso ordinario de la tierra donde vivió, como prosa que no tiene particular dificultad.

No es sino una escritura confusa y desatada, sin orden ninguno, y con mil contradicciones. Y no tiene tampoco vocablos poéticos, porque Mahoma fue del todo idiota e ignorante, y no supo arte liberal ni ciencia alguna, ni tuvo sombra de espíritu profético, ni aun lo supo fingir, aunque quiso, ni Dios se lo permitió.

Y si el Alcorán anduviese traducido en lengua vulgar, para que todos viesen las bufonadas que en él hay, tendrían lástima de los que de tan soez y bestial doctrina se dejan gobernar,

y ellos mismos se avergonzarían de ello. Y esta es la causa por la cual los moros no solo no quieren tratar con los cristianos las cosas de su Alcorán, sino que aún les pesa extrañamente que los cristianos lean en él, y lo sepan, y que su Alcorán se traduzca en otras lenguas.

Quiero ya concluir esta materia, advirtiéndote en suma cómo el mismo Mahoma conoció claramente la falsedad y flaqueza de su secta, para que en una palabra veas la maña y versucia de este falso profeta que tú y tus pasados habéis seguido; de lo cual claro se arguye, si con abiertos ojos se mira, ser toda su doctrina engaño y embuste.

Bien sé que ha habido algunos maestros de esta perdida secta de Mahoma que se han atrevido a decir que Jesucristo prometió que había de enviar después de sí a Mahoma; porque dicen que en aquel lugar de San Juan donde Cristo dice: *"Yo os enviaré otro espíritu de consolación"*, estaba en aquel texto: *"Yo os enviaré a Mahoma"*.

Es cosa de risa parar en esto; pero porque no queden con este escrúpulo, quiero responderles. Lo primero: es gran blasfemia querernos argüir de falsos en nuestros originales evangélicos, sabiendo el gran cuidado que siempre ha tenido la Iglesia de guardarlos incorruptos; lo cual se parece en la gran concordia que ha habido entre todos los doctores cristianos que los alegan, siendo los doctores tantos en número, y viviendo en tan diferentes siglos desde mil y quinientos años acá, y en provincias tan apartadas.

Y pregúntoles yo a estos alfaquíes que han dicho esto: ¿o falsaron este lugar del Evangelio los cristianos que vivieron antes de Mahoma, o los que después? No los primeros, porque ellos no tenían para qué, pues no conocían aún a Mahoma. Ni los que vivieron después, porque vemos que de la misma manera que tenemos nosotros este lugar del Evangelio, le alegan todos los santos que vivieron antes de Mahoma, así griegos como latinos.

Con razones se puede probar que Mahoma no pudo ser el Espíritu Santo que Cristo prometió que había de enviar. Porque San Lucas dice que cuando subió Cristo al cielo, dijo a sus apóstoles: "Recibiréis el Espíritu Santo, no después de muchos días", y mandóles que lo esperasen en Jerusalén, y así lo entendieron ellos, y lo hicieron. Pues ¿cómo había de ser este Mahoma, que vino cerca de seiscientos años después?

Además: el Espíritu Santo había de enseñarles a los apóstoles en nombre de Cristo, y confirmarles en la doctrina que Él les dio; pero Mahoma antes introdujo doctrina del todo contraria a la de Cristo, como parece en la falsa bienaventuranza que pone en las fornicaciones que permite, en los repudios y muchedumbre de mujeres, en las violencias que manda, y en fin en todo.

Además de esto, del Espíritu Santo dice Cristo que el mundo no le podía recibir; pero a Mahoma vemos que los mundanos y carnales le han abrazado, por la gran licencia que da para pecar. Pues si miráis el nombre de Consolador, no le conviene a Mahoma, sino es como llamar a lo negro blanco; porque no introdujo en el mundo sino desconsuelos, muertes, robos, guerras, discordia, carne y sangre, que hasta hoy duran.

En el primer libro de su Alcorán, en el capítulo 5 —y en otro lugar que he leído en él, que ahora no me ocurre— se provee Mahoma de tres cosas, para que los engañados por él y sus ministros nunca perpetuamente se desengañen de la falsedad de su doctrina.

La primera cosa que manda es la que muchas veces te he alegado: que no permitiesen que su doctrina se disputase; porque bien veía él que todas ellas eran tinieblas, y que si fuesen sacadas a la luz, sería entendida su falsedad, y sus mentiras y contradicciones.

La segunda es que la defendiesen con la espada en la mano: cosa bien substancial para convencer los entendimientos de los hombres que usan de libertad y de razón; pues es claro que lo que ha de aceptar la razón y la voluntad, no quiere fuerza ni violencia.

Es cosa de risa parar en esto. La tercera es que no crean a judíos ni a cristianos, porque sabía que de éstos había de ser descubierta la suciedad de su ley, y habían de destruirla. Porque, como él tomó su doctrina de estas dos leyes, y de algunas doctrinas de herejes, no había quien pudiese ser buen juez de ella sino los que entendían o la ley de Moisés o el Evangelio; y por eso los excluye y dice que no los crean.

Como si él no hubiese creído a Sergio o a Mauro, falsos cristianos, y a los dos espaderos de los cuales tomó —mal tomado— lo que injirió en su Alcorán del Evangelio, todo corrupto y mal traído; y como si no hubiera creído a su negro secretario Abdalla Cerralle, judío, y al otro judío que le quiso hacer Mesías, para meter en su Alcorán cuantas fábulas judaicas hay en el Talmud de los judíos, como hemos dicho.

¿Quién no entenderá la malicia, falsedad y astucia de este falso profeta y de su doctrina, viendo que se previene con estos tres mandatos tan desvergonzados, para que su error se perpetúe y no venga a examen, ni nadie de los suyos se pueda desengañar? Ira manifiesta de Dios es; y cierto, quedo atónito cuando pienso en esto: que tanta gente, y donde ha habido y hay tan buenos entendimientos, no quieran caer en ello, sino que cierren los ojos a la luz, contra toda razón divina y humana.

Discípulo morisco: Contentado me ha lo que me has dicho para destrucción de esta secta de Mahoma; pero aún queda, a mi parecer, por persuadir lo de la fe y religión de Jesucristo, a quien los gentiles, moros y judíos contradicen.

Maestro Católico: Verdad es; yo espero en nuestro Señor mostrártelo con tanta eficacia, que conozcas cierto ser la religión de Cristo la verdadera, y el único camino para ir a Dios. Y no tenemos hecho poco hasta aquí, porque ya me parece que en cierta manera tengo concluida esta verdad que dices que resta por probar.

Discípulo morisco: ¿Cómo así?

Maestro Católico: Porque, si te acuerdas de lo que hemos tratado desde el principio, lo primero probamos que sólo Dios es el fin y paradero del hombre; y de ahí inferimos que había de haber, por fuerza, algún camino para ir a Él, y que éste solo había de ser religión, y que éste había de ser uno, y no podían ser muchos juntos. Y luego contéte cuatro caminos que se parecen y platican solamente entre todas las naciones del mundo: el uno, de la

doctrina de los filósofos; el otro, de la ley de Moisés; el otro, de la secta de Mahoma; y el cuarto, del Evangelio de Jesucristo.

Pues si hemos ya probado —como lo hemos probado— que los tres primeros no son caminos ni verdaderas religiones, paréceme que resta averiguado que la ley de Cristo es el único y necesario camino para Dios, so pena de que no habría camino para ir a Él si esta sagrada religión no lo fuese.

Pero, por otra vía y proceso que llaman demostrativo, te quiero probar la verdad de este artículo, contándote también las particularidades de esta religión, para que con la comparación entiendas cuán celestial es esta mudanza que, con la ayuda de nuestro Señor, has de hacer.

Discípulo morisco: Por cierto, mucho holgaré de oírte.